

La famosa historia de la vida del rey Enrique VIII

(The Famous History of the Life of King Henry the Eighth)

William Shakespeare

Personajes

El Rey Enrique VIII
Cardenal Wolsey
Cardenal Campeyo
Capucio, *embajador del emperador Carlos V*
Cranmer, *arzobispo de Canterbury*
Duque de Norfolk
Duque de Buckingham
Duque de Suffolk
Conde de Surrey
Lord Chambelán
Lord Canciller
Gardiner, *obispo de Winchester*
Obispo de Lincoln
Lord Abergavenny
Lord Sands
Sie Enrique Guildford
Sir Tomás Lovell
Sir Antonio Denny
Sir Nicolás Vux
Secretarios de Wolsey
Cromwell, *al servicio de Wolsey, después secretario del Rey*
Griffith, *gentilhombre caballero de la Reina Catalina*

Tres caballeros
Doctor Butts, *médico del Rey*
El rey de Armas (*heraldo de la Jarretera*)
Intendente del duque de Buckingham
Brandon
Un oficial de ceremonias
Un ujier de la Cámara de Consejo
Un conserje y su lacayo
El paje de Gardiner
Un pregonero
La Reina Catalina, *esposa del Rey Enrique, después repudiada*
Ana Bolena, *su dama de honor, luego Reina*
Una dama vieja, *amiga de Ana Bolena*
Paciencia, *camarera de la Reina Catalina*
Diversos Lores y damas de la pantomima muda; Mujeres del cortejo de la Reina; Espíritus que se la aparecen a la Soberana; Secretarios, Oficiales, Alguaciles y otros personajes del acompañamiento

Escena.- Alternativamente en Londres y Westminster; una vez, en Kimbolton.

Prólogo

CORO.-

No vengo ahora a haceros reír; son cosas de fisonomía seria y grave, tristes, elevadas y patéticas, llenas de pompa y de dolor; escenas notables, propias para inducir los ojos al llanto, lo que hoy os ofrecemos. Los inclinados a la piedad pueden aquí, si a bien lo tienen, dejar caer una lágrima: el tema es digno de ello. Aquellos que dan su dinero sin la esperanza de ver algo que puedan creer, hallarán, no obstante, la verdad. Los que vienen solamente a presenciar una pantomima o dos, y convenir en seguida en que la obra es pasable, si quieren permanecer tranquilos y benevolentes,

21/11/08.

1181968

C-1

les prometo que tendrán por su chelín un rico espectáculo ante sus ojos en el transcurso de dos breves horas. Solo aquellos que vienen a escuchar una pieza alegre y licenciosa, un fragor de broqueles, o a ver un bufón de larga vestidura abigarrada, con ribetes amarillos, quedarán defraudados, pues sabed, amables oyentes, que mezclar nuestra verdad auténtica con tales espectáculos de bufonería y de combate, además de que sería rebajar nuestro propio juicio y la intención que llevamos de no representar ahora sino lo que reputamos verdadero, nos haría perder para siempre la simpatía de todo hombre culto. Así, pues, en nombre de la benevolencia, y puesto que se os conoce como los primeros y más felices espectadores de la ciudad, sed tan serios como deseamos, imaginad que veis los personajes mismos de nuestra noble historia tal como fueron en vida; imaginad que los contempláis poderosos y acompañados del genio enorme y de la solicitud de millares de amigos; luego considerad cómo en un instante a esta grandeza se junta de repente el infortunio. Y si entonces conserváis vuestra alegría, diré que un hombre puede llorar el día de sus bodas.

Acto Primero

Escena Primera

Londres.- Antecámara en el Palacio

*Entran por una puerta el Duque de Norfolk; por la otra; el Duque de Buckingham y el Lord Abergavenny*¹

- BUCKINGHAM.- Felices días y dichoso encuentro. ¿Cómo os ha ido desde la última vez que nos vimos en Francia?
- NORFOLK.- Gracias a Vuestra Excelencia, bien de salud, y siempre en admiración continua de lo que allí he visto.
- BUCKINGHAM.- Una extemporánea indisposición me retuvo prisionero en mi cuarto cuando estos soles de gloria, estos dos astros entre los hombres, se reunieron en el valle de Andren².
- NORFOLK.- Entre Guines y Arde³. Estuve a la sazón presente. Los vi saludarse a caballo; los observe cuando echaron pie a tierra, cómo se abrazaron tan estrechamente, que parecían uno solo, pues, de no

¹ Hijo político del duque de Buckingham, llamado Jorge Neyill.

² Hoy Andres, canton de Guines, a cuatro kilómetros al oeste de la villa francesa de Ardres, donde Francisco I esperó a Enrique VIII de Inglaterra y a toda su corte.

³ Arde, cabeza de partido de Saint-Omer.

ser así, ¿dónde hallar los cuatro monarcas que juntos contrapasasen lo que está único?

BUCKINGHAM.- Durante todo el tiempo permanecí prisionero en mi habitación.

NORFOLK.- Pues perdisteis el espectáculo de la gloria terrena. Dijérase que hasta entonces la pompa había vivido célibe, pero que ahora se desposaba con alguien superior a ella misma. Cada nuevo día era modelo del anterior, hasta que el último vino a resumir las maravillas de los precedentes. Hoy los franceses, todo recamados, todo cuajados de oro, como dioses paganos, eclipsan a los ingleses y mañana estos transformaban a Bretaña en India; cada uno de los presentes brillaba semejante a una mina. Sus pajecillos enanos eran como querubines, todo oro. Las damas mismas, poco habitadas al esfuerzo, casi sudaban de llevar las riquezas que las cubrían, hasta el punto de que, abajo el peso de su fatiga, parecían tan rojas como si se hubieran pintado. Hoy esta mascarada se proclamaba incomparable, y la noche siguiente la convertía en insulsa y pobre. Los dos reyes, iguales en esplendor, eran, ya el más, ya el menos magnífico, según se advertía su presencia; el que se veía era siempre el ensalzado; y cuando ambos se hallaban presentes, decían que solo se veía uno, y nadie se hubiera atrevido a dar su voto, a decidir entre ellos. Cuando estos soles, pues así se los denominaba, provocaron por medio de sus heraldos los nobles espíritus a las armas, acontecieron proezas tan por encima del esfuerzo de la imaginación, que las fabulosas narraciones antiguas resultan ya tan verosímiles que adquieren crédito hasta el punto de hacer creer en las hazañas del propio Bevis⁴.

BUCKINGHAM.- ¡Oh! Exageráis.

NORFOLK.- Tan cierto como me precio de digno y conservo la pureza de mi honor, el narrador más acertado haría perder a cada uno de sus episodios algo de aquella vida, que solo podría expresar la realidad del espectáculo. Todo era regio, nada destruía la armonía del conjunto; el orden ponía cada cosa de relieve, y cada oficio llenaba su función con toda su plenitud.

BUCKINGHAM.- ¿Quién era el ordenador? Quiero decir, ¿quién puso en marcha el cuerpo y los miembros de esa gran fiesta, según vuestra suposición?

NORFOLK.- Uno que, ciertamente, no es novicio en esta clase de asuntos.

⁴ Sir Bevis de Southampton, o Beuves de Hanton, guerrero sajón, héroe de la célebre novela caballeresca del mismo nombre, cuyas hazañas y gloria han cantado las antiguas baladas inglesas.

- BUCKINGHAM.- ¿Quién, por favor, milord?
- NORFOLK.- Todo fue dirigido por la excelente sagacidad del muy reverendo cardenal York.
- BUCKINGHAM.- ¡El diablo cargue con él! No ha modo de librarse de que meta sus dedos ambiciosos en el plato de todo el mundo. ¿Qué tenía que hacer en estas vanidades guerreras? Me asombra que semejante bola de grasa pueda absorber los rayos benéficos del sol en la masa de su persona y privar de él a la tierra.
- NORFOLK.- Seguramente, milord, hay en él disposición suficiente para tales cosas, pues no estando apoyado por antepasados cuya honrosa tradición allana la senda de los sucesores; no habiéndose distinguido por eminentes servicios prestados a la corona ni aliado a poderosos auxiliares, sino que, como la araña, ha ido extrayendo de su propia sustancia el hilo de su tela, nos hace ver que se ha abierto camino por la fuerza de su propio mérito, don otorgado por el Cielo, que le ha valido el primer puesto después del Rey.
- ABERGAVENNY.- No sabría decir qué le ha dado el Cielo y dejo a ojos más expertos que los míos que lo descubran; pero puedo ver el orgullo que respira por todos sus poros. ¿De dónde proviene? Si no es del infierno, el diablo es un avaro, o bien es que ya lo ha dado todo y comienza un nuevo infierno en la persona del Cardenal.
- BUCKINGHAM.- ¿Por qué el diablo, en este viaje de Francia, le ha acogido, sin consultar al rey, para designar las personas que debían acompañar al soberano? El hizo la lista de todos los gentileshombres, a la mayoría de los cuales tenía intención de imponer un enorme dispendio a trueque de pequeñas mercedes, y su sola carta, sin que haya sido consultado el honorable Consejo, ha hecho convocar a los inscritos en su nota.
- ABERGAVENNY.- Conozco parientes míos, tres por lo menos, que a consecuencia de esto han apurado de tal modo sus fortunas, que jamás volverán a su primitiva opulencia.
- BUCKINGHAM.- ¡Oh! Hay muchos que se han quebrado los riñones por llevar a la espalda sus propiedades para esta gran jornada. ¿De qué nos ha servido esta vanidad sino de empeñar negociaciones de muy pobres consecuencias?
- NORFOLK.- Con sentimiento lo digo: la paz entre los franceses y nosotros no vale el precio a que se ha concertado.

- BUCKINGHAM.- No ha habido hombre que, después de la horrible tempestad seguida⁵, no se haya sentido un poco profeta, y todos, sin ser consultados, predijeron a la vez que esta tormenta, desgarrando las vestiduras de aquella paz, presagiaba una repentina ruptura.
- NORFOLK.- Lo que comienza ya a realizarse, pues Francia ha violado el tratado t secuestrado, las mercancías de nuestros comerciantes de Burdeos.
- ABERGAVENNY.- ¿Es este el motivo por el cual se ha negado la audiencia al embajador?
- NORFOLK.- A fe que sí.
- ABERAGVENNY.- ¡Bonito nombre de paz, y adquirido a un precio ruinoso!
- BICKINGHAM.- He aquí, por tanto, la obra de nuestro muy reverendo Cardenal.
- NORFOLK.- Permítame Vuestra Excelencia: la Corte ha advertido la antipatía particular que existe entre vos y el Cardenal. Voy a daros el consejo, y tomadlo como procedente de un corazón que os desea honor y seguridad plena, de que consideréis unidos la malevolencia y el poder del Cardenal; pensad, además, que, como su profundo odio quiera decidirse a obrar, no ha de faltarle un ministro a sus órdenes. Conocéis su carácter, que es vengativo, y yo sé que su espada es de filo agudo, larga, y puede decirse que alcanza lejos, y allí donde no llega, lo arroja. Guardad mis consejos en vuestro corazón; loa hallaréis saludables. Mirad: ahí llega el escollo que os recomiendo evitar.

Entran el Cardenal Wolsey, con la bolsa delante de él⁶; varios de la guardia y dos Secretarios con papeles; el Cardenal, al pasar, fija sus ojos en Buckingham, y Buckingham en él, uno y otro con expresión desdeñosa.

- WOLSEY.- El intendente del duque de Buckingham, ¿eh? ¿Dónde está su declaración?
- SECRETARIO 1.- Aquí, con vuestro permiso.
- WOLSEY.- ¿Se haya dispuesto a comparecer en persona?

⁵ Léese en la crónica de Holinshed: "El lunes 18 de junio (1520) hubo una tempestad tan violenta, que muchos supusieron que anunciaba discordia y odios futuros entre los reyes."

⁶ Bolsa por su condición de limosnero del Rey.

- SECRETARIO1.- Sí, como guste Vuestra Gracia.
- WOLSEY.- Bien, entonces sabremos, más, y Buckingham humillará esa altiva mirada. *(Salen Wolsey y su séquito.)*
- BUCKINGHAM.- Este perro de carnicero⁷ está rabioso, y no tengo poder para abozalarlo; por consiguiente, mejor será no despertarle de un sueño. ¡El libro de un mendigo pesa hoy más que la sangre de un noble!
- NORFOLK.- ¡Cómo! ¿Estáis irritado? Pedid a Dios templanza; es el único remedio que exige vuestra indisposición.
- BUCKINGHAM.- He leído en sus miradas un proyecto contra mí, y sus ojos me han despreciado como el objeto de su horror⁸; en este instante me juega alguna mala pasada. Ha ido a ver al rey, voy a seguirla y a humillarle.
- NORFOLK.- Quedaos, milord, y permitid a vuestra razón que discuta con vuestra cólera la acción que vais a hacer; para escalar las colinas elevadas, conviene caminar de espacio al principio; la cólera es semejante a un caballo fogoso, que cuando se deja en plena libertad se fatiga por su mismo ardor. No hay un hombre en Inglaterra de quien recibiese un consejo como vos; sed, pues, para vos propio lo que seríais para vuestro amigo.
- BUCKINGHAM.- Veré al rey y reduciré al silencio, con la palabra de un hombre de honor, la insolencia de ese pechero de Ipswich⁹, o proclamaré que no hay diferencia de clases.
- NORFOLK.- Sed prudente; no encendáis para vuestro adversario un hoguera tan viva que os abraza a vos mismo; por un exceso de velocidad podemos ir más allá del objeto alrededor del cual corremos y perderlo al rebasarlo. ¿No sabéis que el fuego que empuja al líquido hasta hacerlo desbordar, pareciendo que lo aumenta, lo disminuye? Sed prudente. Os repito que no existe alma en Inglaterra más capaz de dirigiros que vuestra propia persona, sin con la savia del entendimiento queréis extinguir o solamente amortiguar el fuego de la pasión.

⁷ Aquí hay una alusión, como en páginas precedentes, a la ascendencia del cardenal. Antes le llamó Buckingham "bola de grasa" (keech). En efecto, decíase que Wolsey era hijo de un carnicero. Parece, no obstante, que el padre del famoso valido de Enrique VIII era, por el contrario, un burgés de buena posición.

⁸ *As his abject object*, como su objeto, abyecto, literalmente.

⁹ Ipswich, pueblo natal y residencia del padre de Wolsey.

- BUCKINGHAM.- Señor, os quedo agradecido, y me conduciré con arreglo de vuestra recomendación... Pero ese archiorguloso plebeyo (de quien hablo así, no por impetuosa de la bilis, sino por sincera indignación), por informaciones y pruebas tan claras como la fuentes de arena, me consta que es corrompido y traidor.
- NORFOLK.- No digáis traidor.
- BUCKINGHAM.- Se lo diré al rey y mantendré la afirmación tan firme como un bloque de roca. Escuchad. Ese santo zorro o lobo, o ambos (pues es igual de voraz que de sutil, y tan propenso al mal y capaz de ejecutarlo—sus instintos y su cargo corrompidos uno por el otro, sí—recíprocamente.), solo para hacer alarde de su grandeza en Francia como aquí, ha sugerido al rey nuestro señor, bajo pretexto de ese costoso tratado último, la idea de la entrevista que ha devorado tantos tesoros y que se ha roto como un vaso cuando se le quiere enjuagar.
- NORFOLK.- A fe que así ha sucedido.
- BUCKINGHAM.- Hacedme el favor, señor, os ruego, este astuto cardenal ha redactado los artículos del tratado de alianza como le ha parecido, y han sido ratificados en cuanto ha exclamado: "Hágase así"; bien es verdad que son tan inútiles como una muleta en un muerto; pero lo ha hecho nuestro condenado cardenal, y está bien, pues es el gran Wosley, que no puede equivocarse, quien lo ha llevado a cabo. Mientras ved lo que resulta (consecuencias, a mi juicio, de la digan prole de esta vieja perra, la traición): el emperador Carlos, so capa de ver a la reina su tía (pues este ha sido, en verdad, el pretexto, pero él ha venido a cuchichear con Wosley), aquí le tenemos de visita. Temía que la entrevista entre Francia e Inglaterra estrechase una amistad que le acarrearía algún perjuicio, pues esta alianza dejaba entrever peligros que le amenazaban; entabló negociaciones secretas con nuestro cardenal; y, a lo que imagino (no sin razón, pues estoy seguro), el emperador ha pagado antes de prometer; de suerte que su demanda le ha sido concebida antes de ser expuesta; pero cuando el camino ha sido así allanado y empedrado de oro, el emperador ha expresado el deseo de que modificara la conducta del rey y rompiera la mencionada paz. Es necesario, pues, que el rey sepa, y pronto lo sabrá por mí, que el cardenal vende y compra el regio honor como le place y en beneficio propio.
- NORFOLK.- Siento haber oído esto de él, y desearía que hubiera en ello algo mal comprendido.

BUCKINGHAM.- No; ni una sílaba. Tal como yo lo denuncio, del mismo modo lo demostrarán las pruebas.

Entran Brandon y un Oficial d Ceremonias delante, con dos o tres de la guardia.

BRANDON.- A vuestro oficio, oficial; cumplid con vuestro deber.

OFICIAL.- Señor milord duque d Buckingham, conde de Hereford, de Stafford y de Northampton; te prendo por crimen de alta traición, en nombre de nuestro poderoso rey.

BUCKINGHAM.- ¡Miradlo, milord; se me ha tendido la red! ¡Pereceré bajo sus estratagemas y maquinaciones!

BRANDON.- Siento veros privado de libertad para examinar el presente negocio. Es voluntad de Su Alteza que seáis conducido a la Torre.

BUCKINGHAM.- De nada me servirá atestiguar mi inocencia, pues estoy manchado¹⁰ de tal manera, que mis actos más blancos parecerán negros. ¡Hágase la voluntad el Cielo en esto y en todo! Obedezco. ¡Oh milord Abergavenny, pasadlo bien!

BRANDON.- No; debe haceros compañía... (A Abergavenny.) Es voluntad del rey que seáis conducido a la Torre hasta que conozcáis sus decisiones ulteriores.

ABERGAVENNY.- ¡Como ha dicho el duque, hágase la voluntad del Cielo v sea por mí obedecido el deseo del rey!

BRANDON.- Aquí traigo una orden del monarca para prender a lord Montacute y a las personas del confesor del duque, a Juan de la Car, a un tal Gilberto Peck, su secretario...

BUCKINGHAM.- Bien, bien; esos son los miembros del complot; no habrá más, creo.

BRANDON.- Un fraile de la Cartuja.

BUCKINGHAM.- ¡Oh! Nicolás Hopkins.

¹⁰ *Dye*, tinte, en el texto original. Equívoco por la homonimia de los vocablos *dye*, tintura, y más bien en este caso mancha, mancilla de la prisión, y die, dado, golpe de dado, fortuna. La flexibilidad del castellano, por los sinónimos mancha y mancilla, permite ofrecer al versión interlineal; sin ningún género de ampliaciones.

BRANDON.- El mismo.

BUCKINGHAM.- Mi intendente es un traidor. El todopoderoso cardenal le ha enseñado oro. Mi vida está ya contada. Soy la sombra del pobre Buckingham, cuya figura alarga en este momento su nube para oscurecer mi radiante sol¹¹. ¡Milord, adiós! *(Salen)*

Escena Segunda
La cámara del Consejo.

Trompetas. Entran el Rey Enrique, el Cardenal Wosley, los Lores del Consejo, sir Tomás Lovell, Oficiales y gentes del acompañamiento. El Rey penetra apoyándose en el hombro del Cardenal.

REY.- Mi propia vida y cuanto ella encierra de más precioso os dan las gracias por este gran servicio; me hallaba bajo la puntería de una conspiración pronta a estallar, y os agradezco haberla sofocado. Que comparezca ante Nos ese caballero al servicio de Buckingham; quiero oírle en persona justificar sus declaraciones y que repita punto por punto las traiciones de su amo.

El Rey toma asiento en su trono. Los Lores del Consejo ocupan sus sitios respectivos. El Cardenal se coloca a los pies del Rey a la derecha. Ruido dentro y voces de "¡Sitio a la Reina!". Entra la Reina precedida de los duques de Norfolk y Suffolk; se arrodilla. El Rey se levanta de su trono, haciéndola alzarse, la besa y la hace sentar junto a él.

REINA.- No; debemos permanecer más tiempo arrodillada. Soy una suplicante.

REY.- Levantaos y tomad asiento a, lado de Nos: es inútil enunciarnos la mitad demuestra demanda; tenéis la mitad de nuestro poder; la otra mitad os está concedida antes de solicitarla; expresad vuestro deseo, y que sea acogido.

¹¹ *I am the shadow of poor Buckingham,
Whose figure even this instant cloud puts on,
By darkening my clear sun...*

Pasaje difícil probablemente corrompido. Si a *figure* le damos el significado de astro, aunque su verdadera acepción es la de forma de la sombra (como se ve en *Hamlet*), el sentido quedaría así: "Yo no soy ya sino sombra del pobre Buckingham; una nube acaba de cubrir mi astro, antes brillante, hoy sin esplendor." En todo este relato Shakespeare sigue fielmente la *Crónica de Hall*, de que tanto se ha servido en sus tragedias.

- REINA.- Gracias a Vuestra Majestad. Que os améis a vos mismo y que este amor os ayude a no olvidar vuestro honor ni la dignidad de vuestras funciones, es el objeto de mi petición.
- REY.- Mi dama, continuad.
- REINA.- Estoy informada, no por unos cualesquiera, sino por gente de verdadero linaje, que vuestros súbditos sufren crueles abusos: se les han remitido comisiones que han alterado sus sentimientos de fidelidad; por más que, a pesar de todo, sea contra vos, mi buen lord Cardenal, contra quien recaen los más amargos reproches, como le promotor de esas exacciones; sin embargo, el rey nuestro señor..., ¡cuya gloria quiere el Cielo preservar de toda mancha!..., no escapa siempre a las expresiones irrespetuosas, sí, que habitualmente rompen las fronteras de la lealtad y casi aparecen en declarada rebelión.
- NORFOLK.- Ni casi aparecen, lo son; pues, desde esas tasas, los pañeros, no pudiendo ocupar a muchos de sus obreros, han despedido a los hiladores, cardadores, bataneros y tejedores, quienes, incapaces de otro oficio, empujados por el hambre y faltos de otros medios, haciendo frente a su situación en formas desesperadas, están todos en tumulto, y el peligro se ha infiltrado entre ellos.
- REY.- ¡Tasas! ¿Por qué? ¿Y cuáles son? Milord Cardenal, vos, a quien acusan como Nos, ¿tenéis conocimiento de esta tas?
- WOLSEY.- Con vuestro permiso, señor, yo solo conozco de la parte que corresponde a un individuo en los negocios referentes al estado, y no soy más que el primero en aquella fila donde otros marchan conmigo.
- REINA.- No, milord; vos no conocéis más que los otros; pero vos sois quien ha ordenado las cosas de unos y otros conocidas, que no son saludables para los que quisieran no conocerlas, y que, sin embargo, forzosamente, han de conocer¹². Esas exacciones de que mi soberano quisiera tener nota son bastante pestilentes para escucharlas, y la espalda que las soportase sucumbiría bajo su peso. Se dice que las habéis imaginado vos; o de lo contrario sufríais un reproche bien duro.
- REY.- ¡Todavía exacciones! ¿De qué naturaleza? ¿De qué género, informadnos, son estas exacciones?

¹² Juego de palabras del "eufuismo" de los tiempos de Shakespeare, que ha sido posible trasladar exactamente.

REINA.-

Me aventuro con exceso, abusando de vuestra paciencia; pero me alienta el perdón que me habéis prometido. El descontento de los vasallos proviene de las comisiones, que les exigen a cada uno la sexta parte de su renta, que debe entregarse sin demora; y el pretexto que para ello se aduce, vuestras guerras en Francia; esto hace enardecer las bocas; las lenguas reniegan de sus deberes, y la fidelidad se hiela en sus fríos corazones, sus maldiciones ocupan ahora el lugar de sus plegarias y ha venido a suceder que su dócil obediencia se ha convertido en esclava de la irritada voluntad de cada uno. Desearía que Vuestra Alteza consagrara a este estado de cosas una pronta consideración, pues no hay asunto más urgente.

REY.-

Por mi vida, esto es contra nuestra voluntad.

WOLSEY.-

Y en cuanto a mí, no he hecho otra cosa que prestar un simple voto., y este no ha salido de mis labios sino con la aprobación de los más esclarecidos jueces. Si soy calumniado por lenguas ignorantes que, no conociendo ni mis poderes ni mi persona, quieren, no obstante, ser los reseñadores de mis actos, permitidme que diga que esto no es sino el azar del puesto y las ruedas espinas a través de las cuales debe marchar la virtud. Nosotros no debemos retroceder ante las acciones que estimamos necesarias, por temor a combatir malévolos censores, quienes, como tiburones voraces, siguen siempre a todo navío recién equipado, pero que no obtienen otro beneficio que su vana espera. Lo que mejor hacemos, con frecuencia nos es negado o reprendido por insensatos intérpretes, a menudo de escasa ilustración; lo que peor, frecuentemente, como más accesible a las inteligencias groseras, es proclamado nuestra mejor obra. Si permaneciéramos inmóviles, por miedo a nuestros actos cayeran en la mofa o la censura, echaríamos raíces aquí en estos sitios, o yaceríamos como simples estatuas de hombres de Estado.

REY.-

Las cosas que se hacen bien y con cuidado están por sí mismas exentas de miedo; las que se ejecutan sin precedentes, corren peligro en sus resultados. ¿Tenéis un precedente en que apoyar esta comisión? Creo que ninguno. No debemos privar violentamente a nuestros súbditos de la protección de las leyes y encadenarlos a nuestra voluntad. ¿La sexta parte de su renta? ¡Terrible contribución! ¡Cómo! ¡Arrancamos a cada árbol el ramaje, la corteza y una parte del tronco; y aunque le dejemos con la raíz, mutilado de ese modo, el aire beberá de la savia! Enviad a cada uno de los condenados donde se ha establecido esa medida cartas

de nuestra parte con el libre perdón para todos los que han negado la legitimidad de esta comisión. Os lo suplico, atended a esto: lo dejo a vuestro cuidado.

WOLSEY.-

Una palabra con vos. (*A su secretario*) Expídanme a cada condado cartas de gracia y perdón del rey. El pueblo, descontento, abriga respecto de mí sentimientos hostiles. Hágase correr el rumor de que merced a nuestra intercesión se ha obtenido el perdón y la revocación del impuesto. En seguida os daré más amplias instrucciones sobre el asunto. (*Sale el Secretario.*)

Entra el Intendente

REINA.-

Siento que el duque de Buckingham haya incurrido en vuestro desagrado.

REY.-

Lo lamentan muchos. El hidalgo es instruido y de una rara elocuencia; nadie más obligado que él a la naturaleza; su educación es tal, que puede iluminar e instruir a grandes maestros, y nunca necesita ayuda ajena. Ved, sin embargo, cómo cuando estas nobles cualidades no estuvieron bien dirigidas, viniendo una vez el alma a corromperse truécanse en formas viciosas, diez veces más horribles que fueron jamás bellas. Este hombre tan perfecto, que se clasificaba entre las maravillas y quien nosotros escuchábamos casi con embeleso, no haciéndonos su hora de conversación un minuto; este, señora, ha transformado en hábitos monstruosos los dones que antes poseyera y ha quedado tan negro como si lo hubiesen embadurnado con hollín del infierno. Sentaos a nuestro lado; vais a oír de boca de ese hombre..., que era su caballero de confianza..., cosas para entristecer a todo hombre de honor. Ordenadle que repita las intrigas de que ya ha hecho relato, que no nos casaremos de sentir, de escuchar lo bastante.

WOLSEY.-

Avanzad y referid con espíritu suelto lo que, como súbdito vigilante, habéis recogido acerca del duque de Buckingham.

REY.-

Habla libremente.

INTENDENTE.-

En primer lugar, tenía la costumbre..., no pasando día sin que inficionara con ello su conversación..., que si el rey moría sin descendencia, él se las compondría de modo que recabase el cetro; estas mismas palabras se las he oído decir a su yerno, lord Abergavenny, ante quien ha jurado con amenazas que se vengaría del Cardenal.

- WOLSEY.- Sírvase Vuestra Alteza advertir estas peligrosas intenciones en este punto. No contento con sus deseos, dirige su malquerencia infame contra vuestra elevada persona, y la extiende más allá de vos, a vuestros amigos.
- REINA.- Mi docto lord cardenal, interpretadlo todo con caridad.
- REY.- Continúa. ¿En qué fundamentaba sus derechos a la corona, a falta nuestra? ¿Le has oído nunca decir algo a este respecto?
- INTENDENTE.- Ha sido inducido ha esta idea por una vana profecía de Nicolás Hopkins.
- REY.- ¿Quién es ese Hopkins?
- INTENDENTE.- Señor, un fraile cartujo, su confesor, quien a cada instante le alimenta con palabras de soberanía.
- REY.- ¿Cómo lo sabes tú?
- INTENDENTE.- Poco tiempo antes de la partida de Vuestra Alteza a Francia, hallándose el duque en La Rosa¹³, en la parroquia de San Lorenzo Poultney, me preguntó qué se susurraba entre los londinenses tocante al viaje a Francia. Yo le repliqué que se temía que los franceses usasen de alguna perfidia para desgracia del rey. Inmediatamente dijo el duque que se temía eso, en efecto, que él suponía que esto confirmara la verdad de ciertas palabras pronunciadas por un santo monje: “Frecuentemente- dijo- me ha enviado suplicándome le permita a Juan de la Car, mi capellán, una hora a discreción para revelarle cosas de alguna gravedad, y después que mi capellán hubo jurado solemnemente, bajo secreto de confesión, no revelar a criatura viviente sino a mí lo que iba a comunicarle, le dijo en tono misterioso y confidencial, como quien no habla con ligereza: “ Ni el rey ni sus herederos..., comunicadle al duque..., prosperarán. Exhortadle a conseguir el afecto de la opinión, el duque gobernará a Inglaterra.”
- REINA.- Si no me engaño, vos habéis sido el intendente del duque y habéis perdido vuestra colocación por las quejas de sus arrendatarios; tened cuidado de no acusar por odio a una persona noble y condenar vuestra alma, que es de sustancia más noble todavía. Os lo digo: tened cuidado; sí, no lo recomiendo mucho.
- REY.- Que prosiga... Continúa.

¹³ *The Rose*, el palacio de La Rosa, habitado por el duque de Buckingham.

INTENDENTE.- Por mi alma, no diré sino la verdad. Manifesté a milord el duque que el monje podía estar equivocado por las inspiraciones del demonio y que era peligroso para él acariciar tales pensamientos con una insistencia que acabaría por sugerirle algún proyecto que creyese realizable y que se empeñara en ejecutar. “¡Bah!- me respondió-, de ello no puede sobrevenirme mal ninguno”, añadiendo, además, que si el rey sucumbía de su última enfermedad, caerían las cabezas del cardenal y de Sir Tomás Lovell.

REY.- ¡Eh! ¿Cómo? ¿Es tan vengativo? ¡Ah, eh! Hay peligro en este hombre. ¿Puedes decir más?

INTENDENTE.- Puedo mi soberano.

REY.- Prosigue

INTENDENTE.- Estando en Greenwich, después que vuestra Alteza hubo reprimido al duque en lo referente a Guillermo Blomer...

REY.- Recuerdo ese día...; estando agregado a mi servicio, el duque lo retuvo al suyo... Pero continúa: ¿qué pasó?

INTENDENTE.- “Si por este asunto- me dijo-, se me hubiera enviado a la Torre, como creo habría sucedido, yo hubiera obrado como se proponía obrar mi padre con el usurpador Ricardo, quien, estando en Salisbury, solicitó comparecer a su presencia, y si su petición le hubiera sido concedida, en el instante en que pareciera rendirle sus deberes le habría clavado su puñal en el pecho.”

REY.- ¡Inconmensurable traidor!

WOLSEY.- Ahora, señora, ¿puede su Alteza vivir en libertad y este hombre estar fuera de prisión?

REINA.- ¡Dios lo remedie todo!

REY.- ¿Tienes todavía algo que decir? ¿Qué es ello?

INTENDENTE.- Después de “...el duque su padre...”, se levantó, y con una mano en su daga y la otra en su pecho, alzo sus ojos, lanzó un horrible juramento, cuyo tenor fue: que si era maltratado, iría más allá que su padre, con toda la distancia que existe entre ejecución y un proyecto indeciso.

REY.- He aquí su finalidad... ¡Hundirnos un puñal en el pecho! Queda acusado; que se le instruya inmediatamente proceso. Si puede hallar gracia en la ley, que la obtenga. Si no..., ¡que no la espere de Nos!... ¡Por el día y la noche! ¡Es un traidor de la peor especie!
(*Salen.*)

Escena tercera

Londres. —Un aspecto en el Palacio

Entran Lord Chambelán y Lord Sands

CHAMBELÁN.- ¿Es posible que los encantos de Francia hayan hecho hacer con sus sortilegios tan ridículas extravagancias a nuestras gentes?

SANDS.- Las nuevas modas, aunque nunca fuesen tan ridículas y aun indignas del hombre, serán, no obstante, seguidas.

CHAMBELÁN.- A lo que se me alcanza, todo el provecho que nuestros ingleses han obtenido en su último viaje, consiste en una o dos muecas; pero no dejan de tener de tener su mérito, pues cuando las hacen, juraríais sin titubear que sus mismas narices han sido consejeras de Pepino o de Clotario: tan importante es su dignidad.

SANDS.- Todos tienen piernas nuevas y patas cojas. Cualquiera que no los hubiera visto andar de antemano, supondría que padecen esparavanes o que reina entre ellos la convulsión de jarretes.

CHAMBELÁN.- ¡Voto a Dios! Milord, sus vestidos son de un corte tan excesivamente pagano, que, os lo aseguro, va contra todas las leyes del cristianismo.

Entra Sir Tomás Lovell

¿Qué noticias traéis, Sir Tomás Lovell?

LOVELL.- A fe mía, milord, no he oído ninguna, a no ser el nuevo edicto fijado a las puertas de Palacio.

CHAMBELÁN.- ¿Qué objeto tiene?

LOVELL.- La reforma de nuestros elegantes cuanto recientes viajeros que llenan la Corte con sus querellas, su charla y sus sastres.

- CHAMBELÁN.- Me alegro; ahora rogaría a nuestros “mosieurs” tuvieran la bondad de creer que un cortesano inglés puede ser inteligente y no haber visto jamás el Louvre.
- LOVELL.- Es necesario que se decidan..., pues tal rezan las disposiciones ... a abandonar esos apéndices de loco y esas plumas que han adquirido en Francia, con los honorables ribetes de ignorancia que nos vienen de allá, como las fustas y los fuegos de artificio..., invenciones extranjeras con las cuáles insultan a gentes que vales más que ellos..., abjurando absolutamente la fe que profesan al juego de pelota y a las medias largas, calzas cortas y abullonadas, distintivos de modas viajeras, y presentarse de nuevo como hombres cabales, o volver a la compañía de sus antiguos camaradas de diversión. Allí supongo podrán rematar “cum privilegio” el último grado de su necedad y mofarse de ellos.
- SANDS.- Tiempo era ya de curarlos, porque su enfermedad se hacía contagiosa.
- CHAMBELÁN.- ¡Qué pérdida van a sufrir nuestras damas con la desaparición de esos mequetrefes!
- LOVELL.- ¡Sí, pardiez! Habrá verdaderamente corazones contristados, señores. Los astutos hideputas¹⁴ avisan hallado un medio infalible para acostarse con las damas: una canción francesa y un violín no tenían rival.
- SANDS.- ¡El diablo los envioline!¹⁵ Me alegro que se vayan ..., pues ha buen seguro no han de convertirse ...; ahora un honrado hidalgo campesino como yo, desde hace mucho tiempo excluido de la escena¹⁶, podrá entonar su canción y hacerse escuchar una hora, y, ¡por la Virgen!, oírse también alabar como buen músico.
- CHAMBELÁN.- Bien dicho, lord Sands; todavía no se os han caído los dientes.
- SANDS.- No, milord; ni se me caerán mientras quede un raigón.
- CHAMBELÁN.- ¿Adónde os dirigís, sir Tomás?

¹⁴ *The sly whore-sons*. Los traductores suelen cortar ese pasaje, con poco respeto al autor, así como la expresión siguiente: *to lady dow ladies*.

¹⁵ *The devil fiddle them!* Verbo inventado por Shakespeare, por la facilidad del inglés para transformar en verbo un sustantivo.

¹⁶ *Beaten a long time out of play*, en el original. *Beaten out* (arrojado de, o fuera de, con ese valor de las preposiciones inglesas) puede compararse, como dice Morel, a las formas clásicas *explodo*, *expulso*, *echo por delante*, *hago salir*, *ahuyento*.

- LOVELL.- A casa del cardenal. Vuestra señoría es también uno de los invitados.
- CHAMBELÁN.- ¡Oh! Es verdad. Esta noche da una cena, y cena magnífica, a muchos lores y damas; allí se hallará la flor del reino, os lo aseguro.
- LOVELL.- Este clérigo posee, en verdad, un alma generosa, una mano tan fértil como la tierra que nos nutre; el rocío de sus favores cae por todas partes.
- CHAMBELÁN.- No hay que dudar que es noble; quien hable de otro modo, tiene boca de calumniador.
- SANDS.- Puede serlo, milord; nada le falta; el ahorro parecería en él un pecado peor que la herejía; los hombres de su posición debieran ser muy liberales; han nacido para dar ejemplo.
- CHAMBELÁN.- Cierto, para ello ha sido; pero pocos lo dan ahora tan grande. Mi barca me espera¹⁷. Vuestra señoría vendrá conmigo. Vamos, querido sir Tomás, que llegaremos tarde, lo que no quisiera, pues se ha hablado de hacerme esta noche ordenador de la fiesta con sir Enrique Guildford.
- SANDS.- Estoy a las órdenes de vuestra señoría. *(Salen)*

Escena cuarta

La sala de recepción en el palacio de York.

Oboes. Una mesita bajo el dosel para el Cardenal; mesa amplia para los convidados. Entran, por un lado, Ana Bolena y diversos Lores, Damas, y Caballeros, con invitados; por el otro Sir Enrique Guildford.

- GUILDFORD.- Señoras, un saludo y bienvenida general para todas, de parte de Su Eminencia. Esta noche la dedica a vosotras y al sano regocijo. Espero que ninguna de esta noble asamblea traiga consigo un pesar. Quisiera que todas estuvierais tan alegres como cumple a buenas personas que gozan de excelente y buena compañía, buen vino y buen recibimiento... ¡Oh milord, os habéis retardado!

Entran el Lord Chambelán, Lord Sands, y Sir Tomás Lovell

¹⁷ *My barge stays*. Era preciso atravesar el Támesis para ir desde Bridwell, donde estaba El Palacio Real, hasta la morada de Wolsey—el cardenal ministro especie de nuestro Cisneros--, mas tarde, White-Hall. Los edificios públicos y los palacios de los próceres se hallaban situados entonces a orillas del Támesis, siendo el río la vía de comunicación más frecuente.

La sola idea de hallarme en tan bella compañía me ha dado alas.

- CHAMBELÁN.- Vos sois joven, sir Enrique Gildford.
- SANDS.- Sir Tomás Lovell, si el Cardenal tuviera solamente la mitad de mis pensamientos profanos, algunas de estas damas hallarían antes de irse a dormir alguna sorpresa de banquete que les aguardaría, mas que todo el resto. Por mi vida, es una encantadora reunión de hermosuras.
- LOVELL.- ¡Oh! ¡ Que no fuera vuestra señoría el confesor de una o dos de estas damas!...
- SANDS.- Quisiera hacerlo; les impondría una penitencia blanda.
- LOVELL.- ¡Caray! ¿Cómo blanda?
- SANDS.- Tan blanda como lo permitiera una cama mullida.
- CHAMBELÁN.- Encantadoras damas, ¿os agradaría sentaros?... Sir Enrique, colocaos a este lado; yo me encargaré de este otro. Su gracia va a venir. Vamos, no quisiera que los helarais; dos damas, una al lado de otra, sienten frío... Milord Sands, sois hombre para tenerlas despiertas; os lo ruego, sentaos entre estas damas.
- SANDS.- Por mi fe, lo agradezco a vuestra señoría. Con vuestro permiso, adorables damas. *(Se sienta entre Ana Bolena y otra Dama.)* Si llego a hablar en un tono un poco atolondrado, perdonadme; lo tengo de mi padre.
- ANA.- ¿Estaba loco, señor?
- SANDS.- ¡Oh! Muy loco, excesivamente loco, sobre todo en amores; pero no mordió a nadie. Igual que yo ahora, os habría dado veinte besos sin respirar. *(La besa)*
- CHAMBELÁN.- ¡Bravo, milord!... Así, ya están todos bien sentados. Caballeros, será culpa vuestra si estas damas pasan el rato de mal humor.
- SANDS.- Por mi pequeño cargo dejadme hacer.

Oboes. Entra el Cardenal Wolsey con su séquito, y se sienta bajo el dosel.

- WOLSEY.- Sed bien venidos, mis amables huéspedes. Aquella noble dama o caballero que no esté francamente, no es amigo mío. En prueba de lo cual, para confirmar mi bienvenida, bebo a la salud de todos.
(Bebe)
- SANDS.- Vuestra Eminencia, es noble. Que me den una copa tan grande que pueda contener mis gracias, y que se me dispense de hablar demasiado.
- WOLSEY.- Milord Sands, os quedo muy obligado. Alegrad a vuestras vecinas. Señoras, no estáis alegres. Caballeros, ¿de quién es la falta?
- SANDS.- Milord, que el vino rojo encienda primero sus mejillas, entonces su hablar reducirá el nuestro a silencio.
- ANA.- Sois un bromista encantador, milord Sands.
- SANDS.- Sí, cuando estoy frente a mi encanto. Está aquí vuestra señoría, y por él bebo, señora, pues es una cosa...
- ANA.- Que vos no podéis mostrarme.
- SANDS.- ¡Cuando yo decía a Su Eminencia que estas damas hablarían enseguida! *(Tambores y trompetas dentro. Descargas de cañonazos.)*
- WOLSEY.- ¿Qué es esto?
- CHAMBELÁN.- Salid uno de vosotros. *(Sale un criado)*
- WOLSEY.- ¿Por qué esos belicosos fragores, y a qué viene esto?... Vamos, señoras, no temáis. Estáis protegidas por todas las leyes de la guerra.
- Vuelve a entrar el criado*
- CHAMBELÁN.- ¿Qué hay? ¿Qué es eso?
- CRIADO.- Una tropa aguerrida de extranjeros, a juzgar por su apariencia. Han dejado su barca y acaban de saltar a tierra y se dirigen aquí como poderosos embajadores de príncipes extranjeros.
- WOLSEY.- Mi buen lord Chambelán, id, dadles la bienvenida; vos sabéis hablar francés, y os suplico recibáis a los nobles y conducidlos a nuestra presencia, donde este paraíso, lleno de bellezas,

resplandecerá a sus ojos deslumbrados... Acompañadle algunos...
(Sale Lord Chambelán con acompañamiento. Todos se levantan, quitándose las mesas.) Se ha interrumpido nuestro banquete, pero ya lo arreglaremos. Buena digestión a todos; y una vez más derramo sobre todos una lluvia de bienvenidas. ¡Sed todos bienvenidos!

Oboes. Entran el Rey y otros enmascarados, en hábitos de pastores, conducidos por el Lord Chambelán. Desfilan por delante del Cardenal y saludan graciosamente.

¡Brillante compañía! ¿Qué es lo que desean?

CHAMBELÁN.- Como no hablan inglés, nos han rogado que diga a Vuestra Gracia que, habiendo oído rumor de esta tan noble y encantadora asamblea reunida aquí esta noche no han podido hacer otra cosa, a consecuencia de la gran admiración que profesan a la hermosura, sino dejar sus rebaños; y solicitan, bajo vuestra amable dirección, permiso para contemplar estas damas y pasar con ellas una hora de diversión.

WOLSEY.- Decidles, lord chambelán, que han hecho un honor a mi pobre morada, por lo cual les doy un millar de gracias y les suplico se dignen compartir nuestros placeres. *(Los caballeros eligen Damas para el baile. El Rey escoge a Ana Bolena.)*

REY.- ¡La más bella mano que toqué en mi vida! ¡Oh hermosura, hasta ahora nunca te conocí! *(Música. Baile)*

WOLSEY.- ¡Milord!

CHAMBELÁN.- ¿Vuestra Gracia?

WOLSEY.- Por favor, decidle que debe haber entre ellos uno cuya persona es más digna de este asiento que yo, a quien yo, si tan solo le conociera, con toda mi alma le reverenciaría.

CHAMBELÁN.- Voy a decirlo, milord.

(Cuchicheo por los enmascarados y vuelve.)

WOLSEY.- ¿Qué dicen?

CHAMBELÁN.- Confiesan que hay uno parecido, en efecto, al cual desearían que Vuestra Gracia le descubriera, y entonces aceptaría este sitio.

- WOLSEY.- Vamos, pues. (*Desciende de su asiento.*) Con vuestro indulgente permiso, caballeros; he aquí el que mi elección designa por rey.
- REY.- Lo habéis acertado, cardenal. (*Desenmascarándose.*) Tenéis una brillante asamblea. Hacéis bien, milord. Sois eclesiástico; de lo contrario, os diría, cardenal, que os juzgaría ahora desfavorablemente.
- WOLSEY.- Celebro mucho que venga Vuestra Gracia de tan buen humor.
- REY.- Milord chambelán, acercaos, os ruego. ¿Quién es esta hermosa dama?
- CHAMBELÁN.- Con permiso de Vuestra Gracia, la hija de sir Tomás Billen, el vizconde de Rochford; una de las damas de Su Majestad la reina.
- REY.- ¡Por el cielo, es una criatura deliciosa...! ¡Vida mía, es muy descortés en mí haberos invitado a bailar y no daros un abrazo!... ¡Un brindis, caballeros! ¡A la redonda!
- WOLSEY.- Sir Tomás Novell, ¿está dispuesto el banquete en la sala privada?
- LOVELL.- Sí, milord.
- WOLSEY.- Vuestra Gracia está, según creo, un poco acalorado por el baile.
- REY.- Temo que demasiado.
- WOLSEY.- En el aposento vecino corre aire mas fresco, señor.
- REY.- Que cada uno de vosotros acompañe a su dama. Dulce compañero, no debo abandonaros todavía. ¡Alegrémonos!... Mi buen lord cardenal, tengo que hacer media docena de brindis a la salud de estas hermosas damas y echar un baile con ellas, y entonces soñaremos con la que es más bonita. ¡Redoble la música! (*Sale, con trompetitas.*)

ACTO SEGUNDO

Escena Primera

Londres. —Una calle

Entran dos Caballeros, encontrándose.

- CABALLERO 1.- ¿Adónde vais tan aprisa?
- CABALLERO 2.- ¡Oh!... ¡Dios os guarde! Voy a este paso al Ayuntamiento para saber cuál será la suerte del gran duque de Buckingham.
- CABALLERO 1.- Puedo ahorraros esa molestia, señor. Todo está ya acabado, salvo la ceremonia de volver a la cárcel al preso.
- CABALLERO 2.- ¿Habéis estado allí?
- CABALLERO 1.- Sí, allí he estado, en efecto.
- CABALLERO 2.- Contadme, por favor, lo que ha pasado.
- CABALLERO 1.- Podéis adivinarlo fácilmente.
- CABALLERO 2.- ¿Se ha reconocido culpable?
- CABALLERO 1.- Sí, por cierto, y ha sido condenado en consecuencia.
- CABALLERO 2.- Lo siento.
- CABALLERO 1.- Otros muchos lo sienten también.
- CABALLERO 2.- Pero, por favor, ¿cómo ha pasado todo ello?
- CABALLERO 1.- Os lo diré en pocas palabras. El gran duque llegó al banquillo, donde, ante todas las acusaciones, ha persistido en contestar que no era culpable, y ha alegado varias razones eficaces para sustraerse a los efectos de la ley. El abogado del rey, por el contrario, ha insistido en los interrogativos, las pruebas, las confesiones de diversos testigos que el duque ha mostrado deseos de ver, interrogar “viva voce” en presencia suya. Para lo cual han comparecido contra él su intendente, sir Gilberto Peck, su canciller, y Juan Car, confesor suyo; con ese diabólico monje Hopkins, que ha hecho todo el mal.
- CABALLERO 2.- ¿El que le alimentaba con sus profecías?
- CABALLERO 1.- El mismo. Todos le han acusado fuertemente; ha hecho toda clase de esfuerzos para recusar a sus testigos; pero en verdad, no le fue posible. Y así, sus pares, ante estos testimonios, lo han declarado reo de alta traición. Ha hablado extensa y sabiamente para salvar su vida; pero cuanto decía era oído con compasión y olvidado no bien lo pronunciaba.

- CABALLERO 2.- Después de esto, ¿cómo se ha conducido?
- CABALLERO 1.- Cuando volvió al banquillo para escuchar su campana de agonía, tal angustia, que el sudor le corría por todas partes, y profirió algunas palabras de cólera mal y rápidamente. Pero al punto se adueño de sí mismo, y durante el resto no dejó de mostrar una dulzura y resignación ejemplares.
- CABALLERO 2.- No creo que tema a la muerte.
- CABALLERO 1.- A buen seguro que no; jamás fue pusilánime; la causa es lo que ha debido de afectarle un poco.
- CABALLERO 2.- Verdaderamente, el cardenal bulle en el fondo de todo esto.
- CABALLERO 1.- Probablemente, según todas las conjeturas. Primero, la revocación de Kildare, entonces diputado de Irlanda, quien, destituido, fue enviado a reemplazarle el conde de Surrey, y toda prisa, por temor de que le auxiliara su padre.
- CABALLERO 2.- Esa añagaza política fue una malicia profunda.
- CABALLERO 1.- A su vuelta no es dudoso que le haga arrepentirse. Se ha advertido como hecho general que, apenas alguno goza del favor del rey, el cardenal de busca inmediatamente un empleo y se apresura a alejarle de la Corte.
- CABALLERO 2.- El pueblo le odia a muerte, y, por mi conciencia, quisiera verle diez pies bajo tierra; ama al duque tanto como le aborrece a él. Le llaman el generoso Buckingham, el espejo de toda cortesía...
- CABALLERO 1.- Quedaos aquí, señor, y veréis el noble infortunado de que os hablo.

Entra Buckingham, regresando de su proceso. Le preceden ujieres de vara. El hacha, con el filo vuelto hacia el duque. Alabarderos a ambos lados. Le acompañan Sir Tomás Novell, Sir Nicolás Vaux, Sir Guillermo Sands y gentes del pueblo.

- CABALLERO 2.- Acerquémonos y contemplémosle.
- BUCKINGHAM.- ¡Pueblo bondadoso! Vosotros todos, que habéis venido hasta aquí para apiadaros de mí; escuchad lo que voy a deciros, y luego volved a vuestras casas y olvidadme. He sido hoy sentenciado como un traidor, y con este nombre he de morir. Sin embargo, tomo al Cielo por testigo, y si hay en mí una conciencia,

entrégueme a la condenación en el instante en que caiga el hacha, sino soy leal. No guardo resentimiento alguno contra la ley a causa de mi muerte, pues no ha pronunciado sino justicia, después de las premisas alegadas. Solo desearía que los que han buscado mi muerte fueran más cristianos. Sean cuales fueren, a todos los perdono de corazón. No obstante, cuiden de no glorificarse en el mal y no erigir sus proyectos criminales sobre las tumbas de los hombres de grandeza, porque entonces mi sangre inocente podría clamar contra ellos. No espero que mi vida se prolongue en este mundo, y no lo solicitaría aunque el rey tuviera más perdones que numerosas pudieran ser mis faltas. Y vosotros, raros amigos, que me estimáis y os atrevéis a llorar por Buckingham; vosotros, sus nobles amigos y compañeros, de quienes la única cosa amarga para él es separarse, y ello solo por la muerte, venid conmigo como ángeles buenos a asistir a mi fin, y cuando caiga sobre mí el acero que ha de abrir el largo divorcio que nos separe, unid vuestras plegarias a un dulce hálito de sacrificio y elevad mi alma a los cielos... Conducidme.

LOVELL.- Suplico a Vuestra Gracia, por caridad, si alguna vez ha sentido en su corazón animosidad contra mí, me perdone ahora francamente.

BUCKINGHAM.- Sir Tomás Novell, os perdono tan francamente como quisiera ser perdonado. Perdono a todo el mundo. Sea cual fuere el número de ofensas cometidas contra mí, no puedo por menos de reconciliarme con ellas. Ningún negro resentimiento se inscribirá en mi tumba... Recomendadme a Su Majestad; y si habla de Buckingham, anunciadle que le habéis hallado en medio del Cielo. Mis votos y plegarias son todavía en pro del rey, y mientras mi espíritu no me haya abandonado, invocaré sobre él la bendición. ¡Que viva más tiempo que yo hubiera tenido para contar sus años! ¡Que su gobierno sea siempre amado y dirigido hacia el bien de sus súbditos! ¡Y que cuando la vejez le conduzca a su fin, que la virtud y él hallen juntos un mismo monumento!¹⁸

LOVELL.- Debo conducir a Vuestra Gracia hasta la orilla del río; luego depositaré mi carga en manos de sir Nicolás Vaux, que os acompañará hasta vuestro fin.

¹⁸ L. Morel, excelente anotador del texto inglés, dice a propósito de las anteriores palabras de Buckingham: "En esta época agitada de la historia de Inglaterra, en que el cadalso era un instrumento de gobierno tan en boga, las víctimas de los Tudor tenían a honra proclamar su *loyalty* hacia el monarca cuando se las condenaba caprichosamente. En el reinado de Isabel un puritano que se llamaba Stubbs, en el momento de cortarle el verdugo la mano derecha, levantó su sombrero con la mano que le quedaba, gritando: "¡Viva la reina!" Morel pudo alargar su comentario con otros ejemplos de estupidez humana.

- VAUX.- Preparad aquí todo. El duque va andando. Tened la barca dispuesta y adornada como conviene a la grandeza de su persona.
- BUCKINGHAM.- ¡Oh sir Nicolás! Dejad eso. Los honores debidos a mi clase solo servirían ahora de irrisión. Cuando llegué aquí era el lord Gran Condestable y duque de Buckingham; ya solo soy el mísero Eduardo Bohun ¹⁹. Sin embargo, mi grandeza es mayor que la de mis acusadores, que no supieron nunca los que era verdad. Ahora yo la sello, y con mi sangre los haré gemir un día. Mi noble padre, Enrique de Buckingham, el primero que levantó estandarte contra el usurpador Ricardo, habiendo buscado asilo, en su desgracia, en casa de su criado Banister, fue entregado por este miserable y pereció sin forma de proceso. ¡La paz de Dios sea con él! Enrique Séptimo, su sucesor, afectado dolorosamente por la pérdida de mi padre, como príncipe generoso que era, me restableció con mis honores, y de sus ruinas hizo mis nombres más noble aún. Ahora su hijo Enrique Octavo, de un solo golpe, me arrebató para siempre del mundo vida, honra, nombre y todo lo que me hacía feliz. Se me ha formado proceso, y, debo confesarlo, en forma conveniente, en lo que he sido un poco más dichoso que mi infortunado padre. Sin embargo, nuestra mala suerte ha tenido de común que ambos hemos caído por nuestros servidores, por los hombres que más amábamos. ¡Domesticidad harto desnaturalizada e infiel! El Cielo tiene en todo sus designios. No obstante, vosotros que me oís, recibidlo como cierto de labios de un moribundo. Cuando seáis pródigos de vuestra afección y de vuestras confianzas, cuidad de no ser imprudentes, pues cuando los que hacéis vuestros amigos y a quienes entregáis vuestros corazones advierten el menor rozamiento en vuestra fortuna, se retiran de vosotros como el agua y no los halláis nunca sino allí donde ellos tienen poder para ahogaros. ¡Vosotros todos, gentes sencillas, orad por mí! Es preciso ahora que os abandone. Ha llegado la última hora de mi larga y penosa existencia. Adiós, y cuando queráis narrar alguna cosa triste, decid cómo me he perenido... ¡He terminado, y Dios me perdone! *(Salen Buckingham y el séquito.)*
- CABALLERO 1.- ¡Oh, esto mueve a compasión!... Señor, lo temo: un hecho semejante atraerá muy numerosas maldiciones sobre las cabezas de sus autores.
- CABALLERO 2.- Si el duque es inocente, esto producirá grandes desastres; sin embargo, puedo daros información de un peligro que amenaza, que, si llega será más temible que este.

¹⁹ No se llamaba así, sino Eduardo Stafford. La inexactitud proviene de Holinshed, de quien pasó a Shakespeare.

- CABALLERO 1.- ¡Los ángeles buenos lo alejen de nosotros! ¿Qué puede ser ello?
¿No dudaréis de mi discreción, señor?
- CABALLERO 2.- Este secreto es tan importante, que pide una profunda discreción para guardarlo.
- CABALLERO 1.- Participádmelo; no soy gran hablador.
- CABALLERO 2.- Tengo confianza; lo sabréis, señor. ¿No habéis oído estos días correr el rumor de una separación entre el rey y Catalina?
- CABALLERO 1.- Sí; pero no tenía fundamento; pues cuando el rey lo hubo oído, lleno de coraje, envió al lord corregidor la orden de desmentir el rumor y acallar las lenguas que se habían a propalarlo.
- CABALLERO 2.- Pero esta calumnia, señor, ha venido hoy a ser una realidad, pues toma de nuevo mayor consistencia, y tened por seguro que el rey intentara la cosa. Sea el cardenal, sea algún otro de los que le rodean, por odio a la buena reina, han infundido en él un escrúpulo que le perderá. Como confirmación, os diré, además, que el cardenal Campeyo ha llegado recientemente y todos piensan que para este asunto.
- CABALLERO 1.- Esto es obra del cardenal, y simplemente para vengarse del emperador²⁰, que no ha querido concederle, a petición suya, el arzobispo de Toledo.
- CABALLERO 2.- Creo que habéis dado en el quid. Pero ¿no es cruel que haya de sufrir ella por esto? El cardenal quiere ejecutar su voluntad, y la reina habrá de sucumbir.
- CABALLERO 1.- Esto es lamentable. Estamos aquí en publico para tratar de esto. Vámonos a hablar mas en privado. *(Salen.)*

Escena Segunda

Londres.—Una antecámara en el Palacio

Entra el Lord Chambelán leyendo una carta.

²⁰ Nuestro Carlo I y V de Alemania, arbitro a la sazón de Europa, que a los coqueteos de Fransisco I con Enrique VIII supo, como decía, "Poner el orgullo de Francia entre dos paredes"
No hay que advertir que el emperador era sobrino de la reina de Inglaterra, Catalina de Aragón, hermana de la madre de Carlos V, Juana la Loca, hijas ambas de Fernando el Católico y de Isabel de Castilla.

CHAMBELÁN.- “Milord: había procurado con cuidado posible que los caballos que me mandó a pedir vuestra señoría fuesen bien escogidos, bien equipados y bien montados. Eran jóvenes, de hermosa presencia y de la mejor raza del Norte. En el instante en que estaban dispuestos a partir para Londres, un criado del lord cardenal, provisto de una orden y plenos poderes, me los ha llevado, dándome esta razón: su amo debía ser servido antes que un súbdito, si no antes que el rey; con lo cual nos ha cerrado la boca, señor.” Temo, en efecto, que quiera ser servido antes que el rey. Bueno; que se los quede. Creo que puedo hacerlo todo.

Entran los Duques de Norfolk y Suffolk

NORFOLK.- Bien hallado, milord Chambelán.

CHAMBELÁN. - Buenos días a vuestras excelencias.

SUFFOLK.- ¿Qué es del rey?

CHAMBELÁN.- Le he dejado solo, lleno de inquietos y tristes pensamientos.

NORFOLK.- ¿Por qué motivo?

CHAMBELÁN.- Parece que su matrimonio con la mujer de su hermano turba demasiado su conciencia.

SUFFOLK.- No; quien turba demasiado su conciencia es otra dama.

NORFOLK.- Es cierto. Esta es la obra del cardenal, del cardenal-rey. Ese obcecado sacerdote, como primogénito de la fortuna, hace girar la rueda como le parece. El rey lo conocerá un día.

SUFFLOK.- Roguemos a Dios que lo conozca. de otro modo, él mismo no se conocerá nunca.

NORFOLK.- ¡Qué piadosamente obra en todos sus negocios! ¡Y con qué celo! Pues ahora ha roto la alianza entre nosotros y el emperador, el poderoso sobrino de la reina. Se sumerge en el alma del rey, y siembra allí peligros, dudas, torturas de conciencia, temores y desesperaciones, y todo esto en cuanto a su matrimonio. Y después de todo eso, para devolver al rey la serenidad, le aconseja un divorcio; un abandono de la que, como una joya, ha pendido durante veinte años de su cuello, sin que jamás perdiera su lustre; de la que lo ama con aquella excelsitud que aman los ángeles a los hombres virtuosos; de ella, que aunque se viese bajo los tormentos

más terribles de la fortuna, bendeciría siempre al monarca. ¿Y es esta una conducta piadosa?

CHAMBELÁN.- ¡El Cielo me guarde semejante consejero! Es demasiado cierto que corren esas noticias por todas partes; toda boca las cuenta y todo corazón fiel parece afligido. Los que se atreven a penetrar en dicho asunto ven el fin a que tiende: la hermana del rey de Francia. el Cielo abrirá un día los ojos del rey, tan largo tiempo cerrados en lo que se refiere a este atrevido mal hombre.

SUFFOLK.- Y nos libertará de su esclavitud.

NORFOLK.- Necesitamos orar, y cordialmente, por nuestra liberación, o ese hombre imperioso nos reducirá de príncipes a pajes. Todos nosotros y nuestras dignidades se hallan amontonadas a su disposición para usarlas en la degradación que le parezca.

SUFFOLK.- En cuanto a mí, milores, ni le quiero ni le temo; este es mi credo. Como he sido hecho sin él, así me sostendré, si al rey le place. Sus bendiciones y sus maldiciones me alcanzan por igual; son palabras en que no creo. Le conocí y le conozco; de manera que le dejo al que le ha dado ese orgullo: al Papa.

NORFOLK.- Entremos, y con cualquier objeto distraigamos al rey de sus tristes pensamientos, que le afectan demasiado. ¿Queréis acompañarnos milord?

CHAMBELÁN.- Dispensadme; el rey me ha enviado a otro sitio. Además escogéis mala ocasión para interrumpirle. ¡Salud a vuestras señorías!

NORFOLK.- Gracias, mi querido lord Chambelán. *(Sale lord Chambelán.)*

Norfolk abre un portie. El rey es descubierto, sentado y leyendo pensativamente.

SUFFOLK.- ¡Qué aire triste tiene! Seguramente está muy afligido.

REY.- ¿Quién está ahí, eh?

NORFOLK.- ¡Quiera dios que no esté enojado!

REY.- ¿Quién está ahí?, digo. ¿Cómo os atrevéis a turbar mis meditaciones particulares? ¿Quién soy yo, eh?

NORFOLK.- Un gracioso rey que perdona todas las ofensas cometidas sin mala intención. La infracción de nuestros deberes obedece a asuntos de Estado, sobre los cuales venimos a conocer vuestra real voluntad.

REY.- Sois demasiado atrevidos. Marchaos. Yo os enseñaré a conocer vuestro momento para los negocios. ¿Es esta un ahora para los asuntos temporales, eh?

Entran Wolsey y Campeyo

¿Quién está ahí? ¿Mi buen lord cardenal?... ¡Oh, mi Wolsey, pacificador de mi conciencia herida, eres un médico digno de un rey! Sed bien venido (*A Campeyo*) a nuestro reino, sabio y reverendísimo prelado. Disponed de él y de Nos. Mi querido lord, tened gran cuidado de que no pase yo por charlatán.

WOLSEY.- Seños, sois incapaz de ello. Desearía que Vuestra Gracia consintiese en darnos siquiera una hora de audiencia privada.

REY.- (*A Norfolk y Suffolk*) Estamos de negocios ; retiraos.

NORFOLK.- (*Aparte*) ¿No está lleno de orgullo este sacerdote?

SUFFOLK.- (*Aparte*) No vale la pena hablar de ello. No quisiera ser tan vicioso, ni aun por supuesto. Pero esto no puede continuar.

NORFOLK.- (*Aparte*) Si continúa me decidiré a darle un golpe.

SUFFOLK.- (*Aparte*) Y yo otro. (*Salen Norfolk y Suffolk.*)

WOLSEY.- Vuestra Majestad ha dado un ejemplo de prudencia por encima de todos los príncipes sometiendo voluntariamente vuestros escrúpulos a la decisión de la cristiandad. ¿Quién podría ahora ofenderse? ¿Qué calumnia puede lastimaros? Los españoles ligados a la reina por la sangre y el afecto, deben hoy comprender, si tienen franqueza, que el debate es justo y noble. Todos los clérigos, me refiero a todos los instruidos, han emitido libremente su opinión en los reinos cristianos. Roma, la maestra de la sabiduría, invitada por vuestra noble persona, nos ha enviado un intérprete universal, un hombre virtuoso, este íntegro y sabio eclesiástico, el cardenal Campeyo, a quien una vez más presento a Vuestra Alteza.

REY.- Y a quien una vez más acojo en mis brazos, dándole la bienvenida, y agradezco al santo Conclave por su afectuosa benevolencia. Me ha enviado justamente el hombre que yo hubiese apetecido.

CAMPEYO.- Vuestra Gracia ha de conquistar necesariamente el corazón de todos los extranjeros por tanta nobleza. En manos de Vuestra

Alteza entrego mi comisión, en virtud de la cual, por encargo de la Corte de Roma, vos, milord cardenal de Cork, quedáis unido a mí, su servidor, en el juicio imparcial de este asunto.

REY.- Dos hombres iguales en méritos. La reina será informada inmediatamente del motivo que os trae. ¿Dónde está Gardiner?

WOLSEY.- Sé que Vuestra Majestad ha sentido siempre por ella tan tierno corazón, que no le negaréis lo que una mujer de linaje menos elevado podría demandar en nombre de la ley; abogados que puedan libremente defenderla.

REY.- Sí, y tendrá los más entendidos, y mi favor el que mejor la defienda. Lo contrario no sería del agrado de Dios. Cardenal, te suplico me llames a Gardiner, mi nuevo secretario; he hallado en él un muchacho estimable. *(Sale Wolsey.)*

Vuelve a entrar Wolsey con Gardiner.

WOLSEY.- Dadme la mano; os deseo mucha felicidad y favor. Ahora pertenecéis al rey.

GARDINER.- Pero estaré siempre al as órdenes de Vuestra Gracia, cuya mano, me ha elevado.

REY.- Ven acá, Gardiner. *(Conversan aparte)*

CAMPEYO.- Milord de York, ¿no era un tal doctor Paz el que ocupaba antes la plaza e este hombre?

WOLSEY.- Sí, él era.

CAMPEYO.- Creedme, corre a este respecto una mala opinión que os concierne a vos mismo, lord cardenal.

WOLSEY.- ¡Cómo! ¿A mí?

CAMPEYO.- No vacilan en decir que le tenías envidia, y que, temiendo que se elevara por ser tan virtuoso, le mantenías siempre en puestos alejados, lo que le afecto de manera que se volvió loco y se murió.

WOLSEY.- ¡La paz de los cielos sean con él! He cumplido suficientemente mi deber de cristiano; en cuanto a los vivos que murmuran, hay para ellos lugares de corrección. Era un loco que pretendía todo trance hacerse el virtuoso. Ese buen muchacho ejecuta mis órdenes si yo se lo mando. De otra manera no quiero a ninguno a mi alrededor.

Sabed esto, hermano: nosotros no toleramos ser zarandeados por personas de baja condición.

REY.- Comunicadle esto a la reina en términos moderados. (*Sale Gardiner.*) El sitio más conveniente que puede hallar para semejante recepción de sabios es Blackfriars; allí es donde os reuniréis para este grave asunto. Mi Wolsey, cuidado e preparadlo todo. ¡Oh milord! ¿No es doloroso para un hombre sensible abandonar a tan dulce compañera de lecho? Pero la conciencia... ¡Oh, este es un punto delicado!²¹ Debemos abandonarla. (*Salen.*)

Escena tercera

Una ante cámara en los aposentos de la reina.

Entran Ana Bolena y una Dama Vieja.

ANA.- Ni aun siquiera a ese precio; he aquí lo que hiere al corazón: Su Alteza ha vivido tanto tiempo por ella, y es una dama tan virtuosa, que jamás lengua alguna ha podido proferir contra ella una denigración. Por vida mía, nunca supo lo que era hacer mal. ¡Oh! ¡Ahora, tras haber visto en el trono tantos soles acabar su curso, siempre creciente en majestad y pompa (lo que es mil veces más amargo que dulce al principio de conquistar), después de este lapso, rechazarla con desdén! Hay piedad para conmovier a un monstruo.

DAMA VIEJA.- Los corazones más duros se enternecen por ella.

ANA.- ¡Oh, cuánto más valiera que no hubiese nunca conocido el esplendor! Aunque sea pasajero, sí, si esa querellosa²², la Fortuna, hace divorciarnos de lo que lleva aparejado, y este es un enfriamiento tan angustioso como el del alma y el cuerpo al separarse.

DAMA VIEJA.- ¡Ay, pobre dama! Otra vez será aquí una extranjera.

ANA.- Por eso debo inspirar más compasión. Verdaderamente, mejor es, lo juro, haber nacido de condición oscura y vivir contenta entre humildes humanos, que verse ensalzada en medio de brillantes aflicciones y estar revestida de una dorada tristeza.

DAMA VIEJA.- Nuestro contento es nuestro mejor bien.

²¹ *O, it's a tender place?*

²² *Quarrel*, en el texto primitivo, palabra que se vierte sin dificultad al castellano.

- ANA.- Por mi fe y mi virginidad, no quisiera ser reina.
- DAMA VIEJA.- Por la pérdida de la mía, yo quisiera serlo yo vos también lo querrías a pesar de toda esa especie de hipocresía. Vos, que en tan alto grado reunís los más bellos encantos de la mujer, tenéis asimismo un corazón femenino, que siempre ha tenido afección a la eminencia, la riqueza, la soberanía, bienes que, para hablar claramente, aunque hagáis muequecitas, la capacidad de vuestra suave conciencia elástica quisiera recibir, si os agrada extenderla.
- ANA.- No, a buena fe.
- DAMA VIEJA.- Sí, a fe, y por mi fe; ¿no quisierais ser reina?
- ANA.- No, por todas las riquezas que hay bajo el Cielo.
- DAMA VIEJA.- Es extraño. Una pieza de tres peniques abollada sería bastante para comprar mi consentimiento para ser reina, vieja como soy. Pero decidme, os ruego: ¿qué pensaríais de ser duquesa? ¿Tenéis hombros para llevar el peso de ese título?
- ANA.- No, en verdad.
- DAMA VIEJA.- Entonces, sois de temperamento débil. Bajemos un grado. No quisiera ser un joven conde y hallaros en mi camino, para no teneros que decir: “Si vuestros riñones no pueden soportar ese peso, serán incapaces de engendrar un muchacho.”
- ANA.- ¡Cómo charláis! Vuelvo a juraros que no quisiera ser reina por el mundo entero.
- DAMA VIEJA.- Por mi fe, por la pequeña Inglaterra, arriesgaríais la bola, y yo misma la aventuraría por el condado de Carnarvon, aunque fuese la única dependencia de al Corona. Mirad, ¿quién viene?

Entra el lord Chambelán

- CHAMBELÁN.- Buenos días, señoras. ¿Podría saberse el secreto de vuestra conversación?
- ANA.- Mi querido milord, no merece que nos preguntéis; no vale vuestra pregunta. Deplorábamos las penas de nuestra señora.
- CHAMBELÁN.- Es una honesta ocupación digna de mujeres virtuosas; hay esperanzas de que todo acabará bien.

- ANA.- Amén, ruego ahora a Dios.
- CHAMBELÁN.- Tenéis un alma bondadosa, y las bendiciones del Cielo caen sobre semejantes criaturas. Para que sepáis, bella dama, que hablo sinceramente y que vuestras numerosas virtudes han sido advertidas en las alturas, Su Majestad el rey os transmite por mí la buena opinión que tiene de vos y pretende honraros con un título que no es menos que el de condesa de Pembroke, al cual título añade, por su liberalidad, la pensión anual de mil libras esterlinas.
- ANA.- No sé qué género de obediencia debo mostrar; cuanto poseo, y más aún no es nada. Mis oraciones no son sino palabras a las cuales falta la autoridad de la virtud, y mis votos no equivalen más que a vanas burbujas de aire; sin embargo, votos y oraciones son todo aquello que puedo devolver. Suplico a vuestra señoría se digne transmitir a Su Alteza mi reconocimiento y sumisión como una tímida doncella que ruega por su salud y su soberanía.
- CHAMBELÁN.- Señora, no me cansaré de confirmar la buena opinión que tiene el rey de vos. *(Aparte)* La he observado bien; la belleza y la dignidad se mezclan en ella de tal modo, que ha cautivado el corazón del rey. ¿Y quién sabe aún si de esta dama no debe salir una perla que revestirá de esplendor toda esta isla? *(Alto)* Voy a ver al rey y decirle que eh hablado con vos.
- ANA.- ¡Mi honorable lord! *(Sale el lord Chambelán)*
- DAMA VIEJA.- ¡Qué! ¡Ya está! ¡Ved, ved! He mendigado dieciséis años en la Corte, soy todavía una mendicante cortesana, y nunca he podido amalgamar el demasiado pronto y el demasiado tarde par obtener unas cuantas libras. Y vos, ¡oh Destino! , que sois aquí un verdadero pescado fresco, ¡maldita sea esta caprichosa Fortuna!, llenáis la boca antes de haberla abierto.
- ANA.- Esto me parece extraño.
- DAMA VIEJA.- ¿Cómo os sienta? ¿Es amargo? Cuarenta peniques a que no. Érase una vez una dama, es una antigua conseja, que no quería ser reina, que no hubiera querido serlo por todo el limo de Egipto... ¿Habéis oído este cuento?
- ANA.- Vamos, estáis de broma.
- DAMA VIEJA.- Con vuestro tema podría dominar el canto de la alondra. ¡La marquesa de Pembroke! ¡Mil libras anuales por mera estima! ¡Sin

otra obligación! Por vida mía, esto promete más miles. La escolta de honor es más numerosa que sus precursores. Al presente, veo que vuestra espalda soportará un ducado. Decid, ¿no os sentís más fuerte que antes?

ANA.- Buena dama, alegraos con vuestra fantasía particular y dejadme de esto. No exista yo si estos hombres me satisfacen un ajota. Ello me entristece, pensando en lo que va a seguir. La reina está en la desolación y la hemos olvidado con nuestra larga ausencia. Os lo ruego, no le reveléis lo que habéis oído.

DAMA VIEJA.- ¿Por quién me tomáis?

Escena cuarta

Salón de Blackfriars

Trompetas, marcha real, clarines. Entran dos Ujieres con varitas cortas de plata; después de ellos, dos Secretarios, con hábitos de doctores; luego, el Arzobispo de Canterbury, solo; a continuación, los Obispos de Lincoln, Ely, Rochester y Saint Asaph; después, a poca distancia, marchan un Gentilhombre, llevando la bolsa con el gran sello y un capelo de cardenal; a continuación, dos Sacerdotes, cada uno con una cruz de plata; después un Gentilhombre Ujier, descubierto, acompañado de un Oficial de Ceremonias, con una maza de plata; luego, dos Gentileshombres, llevando dos grandes columnas de plata; después, cada uno a un lado, los dos cardenales, Wolsey y Campeyo; dos Nobles con espada y maza. Entran, a continuación, el Rey y la Reina y sus séquitos. El Rey se sienta en el sillón del trono; los dos cardenales, un poco más abajo, en calidad de jueces. La Reina se coloca a alguna distancia del Rey. Los Obispos toman sitio a ambos lados de la Corte, a manera de consistorio, y más abajo, los Secretarios. Los Lores se sientan al lado de los Obispo. El Ujier-Voceador y los demás empleados se distribuyen en orden conveniente por la sala.

WOLSEY.- Guárdese silencio mientras la lectura de nuestros poderes de Roma.

REY.- ¿Qué necesidad hay? Ya se han leído públicamente; en todas partes se ha reconocido su autoridad. Podéis, por tanto, ahorrarnos ese tiempo.

WOLSEY.- Sea. Empezad.

SECRETARIO.- Decid: Enrique, rey de Inglaterra, compareced ante el Tribunal.

UJIER-VOC.- Enrique, rey de Inglaterra, compareced ante el Tribunal.

REY.- Presente.

- SECRETARIO.- Decid: Catalina, reina de Inglaterra, compareced ante el Tribunal.
- UJIER-VOC.- Catalina, reina de Inglaterra, compareced ante el Tribunal. *(La Reina no responde, levántase de su silla, atraviesa la Corte, se acerca al Rey y dobla sus rodillas; después habla.)*
- REINA.- Señor, deseo que me hagáis derecho y justicia y que me concedáis vuestra compasión, pues soy una muy débil mujer y una extranjera, nacida fuera de vuestros dominios; no tengo aquí ningún juez imparcial ni ninguna seguridad de amistosa equidad y proceder. ¡Ay señor! ¿En qué os he ofendido? ¿Qué motivo de disgusto os ha dado mi conducta para así prepararos a repudiarme y retirarme vuestra buena gracia? El Cielo me es testigo de que he sido para vos una fiel y humilde esposa, en todo tiempo acomodada a vuestra voluntad, siempre en el temor de produciros descontento, sí; dócil a vuestro humor; alegre o triste, según lo viera inclinado. ¿Cuándo fue la hora en que contradijese nunca vuestro deseo o hiciera el mío? O ¿a cuál de vuestros amigos no me he esforzado en apreciar, aunque supiese que eran mis enemigos? ¿A cuál de mis amigos he conservado mi favor cuando sabía que se había atraído vuestra cólera? ¿No le notificaba, en este caso, que le retiraba mi aprecio? Señor, recordad que he sido vuestra esposa en esta obediencia, por espacio de veinte años y que he sido bendecida con muchos hijos vuestros. Si en el transcurso y peripecias de este tiempo podéis alegar y probar alguna cosa contra mi honor, mi fidelidad conyugal o mi cariño y mis deberes para con vuestra sagrada persona, en nombre e Dios echadme de vuestro lado y que el oprobio más infamante me cierre la puerta y así me entregue al más severo fallo de la justicia. Permitidme que os diga, señor, que el rey vuestro padre estaba reputado como un príncipe muy prudente de un excelente juicio y de un talento incomparable. Fernando, mi padre, rey de España, fue tenido por uno de los príncipes más sabios que habían reinado desde hacía mucho tiempo. No cabe duda que ellos reunieron, cada uno en sus reinos, ilustrado Consejero, que, tras haber debatido este asunto, consideró como legítimo nuestro matrimonio. Por consiguiente, humildemente os suplico, señor, que suspendáis esto hasta que pueda yo aconsejarme de mis amigos de España, cuyo consejo imploro. Si no, en nombre de Dios, cúmplase vuestra voluntad.
- WOLSEY.- Aquí tenéis, señora, elegidos por vos, estos reverendos padres, hombres de una integridad y de una ciencia singulares, sí, la flor del reino, que se han reunido para defender vuestra causa. Es, por tanto, inútil, tanto para vuestro propio descanso como para

tranquilizar los escrúpulos de la conciencia del rey, que solicitéis de la Corte que difiera su juicio.

CAMPEYO.- Vuestra Gracia acaba de hablar justa y razonablemente; por tanto, señora, es conveniente que continúe esta sesión real y que sin dilación se produzcan y escuchen ahora sus argumentos.

REINA.- Lord cardenal, a vos me dirijo.

WOLSEY.- ¿Qué deseáis señora?

REINA.- Señor, estoy a punto de llorar; pero pensando que soy una reina, o, al menos, así lo he soñado mucho tiempo, y ciertamente la hija de un rey, cambiaré las gotas de mis lágrimas en chispas de fuego.

WOLSEY.- Tened paciencia aún.

REINA.- La tendré cuando vos seáis humilde; no antes, o Dios me castigaría. Creo, inducida por poderosas circunstancias, que sois mi enemigo, y en nombre de mi derecho os recuso como juez. ¡Porque sois vos quien ha encendido entre mi señor y yo este carbón que solo el rocío de Dios puede extinguir! Por consiguiente, vuelvo a decirlo, os detesto absolutamente, sí, con toda mi alma, y os rechazo por migues, a quien tengo, una vez más lo repito, por mi muy encarnizado enemigo, y que no os considero en nada como amigo de la verdad.

WOLSEY.- Declaro que no habláis como vos misma, que hasta hoy habéis dado pruebas de caridad y demostrado en vuestros actos los efectos de un noble carácter y de una sabiduría superior a las facultades de la mujer. Señora, me injuriáis; no aguardo malquerencia contra vos, no medito injusticia ni contra vos ni contra nadie. Todas las medidas que hasta el presente he tomado, y cuantas tome en adelante, están autorizadas por una comisión del Consistorio, sí, del Consistorio entero de Roma. Me acusáis de haber encendido este carbón; lo niego; el rey está presente; si estima que yo desmiento mi conducta, ¡con que facilidad y justicia puede castigar mi impostura! Sí, tan fácilmente como habéis hecho Vos con mi veracidad. Si sabe que estoy exento de lo que me acusáis, sabe también que lo soy de vuestros reproches. En él por tanto, está el remedio de la herida que causáis, y el remedio consiste en desterrar de vuestro corazón esos pensamientos, el cual, antes que Su Alteza abra la boca para administrarme este remedio, os suplica, graciosa señora, os retractéis de vuestras palabras y no habléis así más.

- REINA.- ¡Milord, milord! Yo soy una mujer sencilla y en extremo débil para luchar con vuestra habilidad. Vos sois suave y humilde en el hablar. Desempeñáis vuestro puesto y sacerdocio lleno, al parecer, de dulzura y humildad; pero vuestro corazón está henchido de arrogancia, odio y orgullo. Gracias a la fortuna y a los favores de Su Alteza, habéis franqueado ligeramente los grados inferiores de la escala y ahora os habéis elevado donde los poderes políticos son vuestros servidores. Las órdenes que dais, domésticos dóciles ejecutan vuestra voluntad de la manera que os place. Debo decíroslo: atendéis más al honor de vuestra persona que a vuestra alta profesión espiritual; que de nuevo os rechazo por juez mío, y que aquí, ante todos, apelo al Papa, para llevar mi causa entera a Su santidad y ser juzgada por él. *(Se inclina ante el Rey y se dispone a partir.)*
- CAMPEYO.- La reina se obstina, rebelde a la justicia, pronta para acusarla, y desdeña ser juzgada por ella. Eso no está bien. He aquí que se marcha.
- REY.- Llamadla de nuevo.
- UJIER-VOC.- Catalina, reina de Inglaterra, compareced ante el Tribunal.
- GRIFFITH.- Señora, se os llama.
- REINA.- ¿Qué necesidad tenéis de atenderlo? Por favor, seguid vuestro camino. Cuando os llamen a vos, volved. ¡Ahora, el Señor me asista, me vejan hasta hacerme, perder la paciencia! ¡Marchad, os suplico! ¡No quiero permanecer más! ¡No, ni nunca jamás haré acto de presencia para este asunto en ninguna de sus sesiones! *(Salen la Reina, Griffith y el resto del cortejo.)*
- REY.- Sigue tu camino, Cata. El hombre que en el mundo se atreva a sostener que tiene una esposa mejor, que no sea creído, pues habla con falsedad. ¡Tú, tú sola eres la reina de las reinas de la tierra, como lo proclamarían, si pudieran hablar, tus raras cualidades, tu dulce gentileza, tu resignación de santa rectitud conyugal, tu fiera obediencia y tus piadosos atractivos y soberanía! Es de sangre noble, y se ha portado conmigo como conviene a su verdadera nobleza.
- WOLSEY.- Muy gracioso señor, suplico del más humilde modo a Vuestra Alteza que os sirváis declarar en presencia de todo el auditorio (pues donde he sido atacado e injuriado, allí se me debe hacer reparación, aunque estos no sean el lugar y la hora en que plenamente se me puede satisfacer), si jamás he tomado cerca de

Vuestra Majestad la iniciativa de este asunto o si he hecho nacer en vuestro espíritu algún escrúpulo que pueda induciros a interrogarme a este respecto, o si alguna vez os he hablado de la reina de otro modo que dando gracias a Dios por dama tan real, ni pronunciado la más pequeña palabra en perjuicio de su linaje actual o que pudiese herir su buena reputación.

REY.-

Milord cardenal, os excuso; sí, por mi honor, os absuelvo de todo. No es necesario advertiros que tenéis muchos enemigos, los cuales no saben por qué lo son, pero que, semejantes a los perros de una aldea, ladran,, cuando los oyen, a sus compañeros. Algunos de estos han excitado a la reina a la cólera. Estáis excusado. Pero ¿queréis ser más plenamente justificado? siempre ha sido vuestro deseo que este asunto dormitase; nunca habéis pretendido que pasara adelante, sino que frecuentemente, con demasiada frecuencia, habéis hecho tentativas para detenerlo. Por mi honor, desembarazo de este punto a mi buen cardenal y le justifico plenamente. Ahora que me ha movido a esto, consagradme vuestro tiempo y atención. Entonces podréis juzgar. ved cómo ha sucedido. Fue de esta manera: Despertáronse por primera vez los escrúpulos y el aguijón de mi conciencia por ciertos discursos lanzados por el obispo de Bayona, embajador de Francia entonces, que había sido enviado aquí para negociar un proyecto de matrimonio entre el duque de Orleáns y nuestra hija María. En el curso de este asunto, antes de tomar una decisión él, me refiero al obispo, pidió un aplazamiento para informar al rey su señor acerca de si nuestra hija podía considerarse como legítima habiendo nacido de la reina viuda , que fue antes esposa de nuestro hermano. Esta demora removi6 mi conciencia hasta en sus cimientos; sí; penetró con una fuerza destructora e hizo temblar la región de mi corazón; lo que abrió a este escrúpulo una ruta tan larga, que otras muchas consideraciones de distinta naturaleza me hirieron y acosaron con su conminación. En primer lugar, me pareció que el cielo me sonreía, que había ordenado ala Naturaleza que el vientre de mi esposa, si concebía un hijo varón, no le concediera otro oficio de vida que el que otorga la tumba a los muertos, pues su posteridad varonil, o moría enseguida de su concepción, o poco después de haber salido al aire de este mundo. Entonces vine a pensar que este era un juicio que pesaba sobre mí; que mi reino, digno del más hermoso heredero del universo, no obtendría de mí semejante alegría. A continuación pesaba los peligros que amenazaban mi reino por esta ausencia de posteridad y esto me causaba crueles angustias. Bogando así a al deriva en el agitado mar de mi conciencia, hice velas hacia este remedio, para lo cual nos hallamos ahora reunidos aquí; es decir, que tomo la resolución de juzgar mi conciencia, que entonces sentía profundamente

enferma y aún no bien, por todos los reverendos padres y sabios doctores de este país. Primero fue a vos a quien comencé a abrir mi pecho, milord de Lincoln ; recordad qué opresión me sofocaba cuando por primera vez invoqué vuestra ayuda.

LINCOLN.-

Muy cierto, mi soberano.

REY.-

He hablado largamente; tened a bien decir vos mismo qué dirección me aconsejáis.

LINCOLN.-

Con permiso de Vuestra Alteza. la cuestión me turbó tanto al principio, pensando en su extremada importancia y en sus consecuencias de gravedad, que quise someter a la reflexión el atrevido consejo que se ofrecía a mi espíritu, y aconsejé a Vuestra Majestad que tomara la resolución que ahora nos reúne aquí.

REY.-

Entonces me dirigía vos, milord de Canterbury, y os pedí permiso para convocar la presente asamblea; y no he omitido consultar a ninguna reverenda persona de esta Corte; pero particularmente por el consentimiento de cada uno de vosotros, firmado y sellado de vuestro puño y sello. Así, prosigamos, porque no es un sentimiento de antipatía contra la persona de la excelente reina, sino las puntas agudas y dolorosas de las razones que acabo de exponer, lo que me induce a esta conducta. Probad únicamente que nuestro matrimonio es legítimo, y, por mi vida y mi dignidad real, estaremos dichosos de continuar el curso de nuestra vida mortal con nuestra reina Catalina, a la cual prefiero como la más perfecta que el mundo pueda ofrecer en parangón.

CAMPEYO.-

Si Vuestra Alteza lo permite, estando ausente la reina, es de absoluta conveniencia que aplacemos este Tribunal hasta un día cercano. Mientras debe rogarse insistentemente a la reina que renuncie a la apelación que intenta ante Su Santidad. *(Se levanta para marcharse.)*

REY.-

(Aparte.) Me parece advertir que estos cardenales se divierten conmigo; aborrezco estas lentitudes dilatorias y esta cautela de Roma. Mi sabio y queridísimo servidor Cranmer, vuelve²³, por favor; a medida que te acerques, sé que vendrá mi alivio. ¡Disolved la asamblea! ¡Retiraos, digo! *(Salen en el mismo orden con que entraron.)*

²³ Return. Cranmer hallábase a la sazón ocupando una embajada en el Continente.

ACTO TERCERO

Escena Primera

Palacio de Brindewell.—Una habitación en los aposentos de la reina.

La Reina y alguna de sus Damas, ocupadas en labores.

REINA.- Coge tu laúd, muchacha. Mi alma se siente triste con sus pesares. Canta y dispérsalos, si puedes. Deja tu labor.

CANTO

Orfeo con su laúd obligaba a los árboles y a las heladas cumbres de los montes a inclinarse cuando cantaba. A sus acentos, plantas y flores brotaban sin cesar, como si el sol y las lluvias hicieran allí una eterna primavera. Cuantas cosas oían sus acordes, hasta las ondas del mar, bajaban la cabeza y luego se tendían. En la dulce música reside tal poder, que mata los cuidados, y los pesares del corazón caen dormidos si, oyéndola, mueren

Entra un Gentilhombre

REY.- ¿Qué hay?

GENTILHOMBRE.- Permítame Vuestra Gracia: los dos ilustres cardenales esperan en la sala de recepción.

REINA.- ¿Quieren hablarme?

GENTILHOMBRE.- Así me han rogado que os lo diga, señora.

REINA.- Suplicad a sus eminencias que entren. *(Sale el Gentilhombre.)* ¿Qué asunto pueden traer hasta mí, pobre y débil mujer, caída en la desgracia? No me gusta su venida. Estoy pensando en ello; debieran ser hombres virtuosos: sus asuntos, como sus investiduras; pero el hábito no hace al monje.

Entra Wolsey y Campeyo

- WOLSEY.- ¡Paz a Vuestra Alteza!
- REINA.- Vuestras gracias me sorprenden aquí ocupada en los quehaceres domésticos. Quisiera prepararme en todo, a riesgo de lo peor que pueda ocurrirme. ¿Qué deseáis conmigo, reverendos señores?
- WOLSEY.- Si tenéis a bien, noble señora, que pasemos a vuestras habitaciones particulares, os explicaremos plenamente la causa de nuestra visita.
- REINA.- Explicadla aquí; nada he hecho todavía en mi conciencia merezca un rincón. ¡Ojalá todas las demás mujeres pudieran hablar así, con alma tan libre como la mía! Milores, no me cuido, y en esto soy mas dichosa que otras, de que mis acciones sean juzgadas por todas las bocas, vistas por todos los ojos, atacadas por la envidia y la baja opinión: tan segura estoy de la rectitud de mi vida . Si vuestro asunto tiene por objeto estudiar mi persona y mis derechos al título de esposa, hablad sin rodeos. La verdad gusta de que se obre abiertamente.
- WOLSEY.- *Tanta esa erga te mentis integritas, regina serenísima...*
- REINA.- ¡Oh mi buen lord! Nada de latín. No he sido tan perezosa para no haber aprendido desde que vine la lengua del país. en que he vivido. Un idioma extraño hace mi causa más extraña, sospechosa. Os ruego que habléis en inglés. Hay aquí algunas personas que os agradecerán si decís la verdad, os lo agradecerán en interés de su pobre señora. Creedme, he sido muy ultrajada. Lord cardenal, el pecado más voluntario que jamás haya cometido puede recibir la absolución en inglés.
- WOLSEY.- Noble dama, siento que mi integridad y celo en servir a Su Majestad y a vos hagan nacer tan graves sospechas, cuando lo animan las intenciones más puras. No venimos aquí en son de acusadores para ofender ese honor que todos los labios bendicen ni a traicionaros trayéndoos ningún pesar. Demasiado tenéis ya, buena señora; solo venimos a saber a qué intenciones está dispuesta vuestra alma en la grave disensión entre el rey y vos y a comunicaros, como hombres francos y honestos, nuestras justas opiniones y cuanto pueda reportar alivio a vuestra causa.
- CAMPEYO.- Honorabilísima señora, milord de York, por su espontáneo movimiento de su noble naturaleza, nacido del celo y de la obediencia que siempre ha dispensado a Vuestra Gracia,

olvidando, como un hombre de bien, vuestra reciente censura (que fue demasiado lejos) contra su persona y veracidad, os ofrece, así como yo, en señal de paz, sus servicios y sus consejos.

REINA.- Para traicionarme. (*Aparte*) Milores, os agradezco a ambos vuestras buenas intenciones. Habláis como hombres honrados. ¡Ruego a Dios que como tales os portéis! Pero no sé, en verdad, cómo con mi débil espíritu puedo dar a dos hombres de vuestra gravedad y de vuestra ciencia una contestación inmediata sobre un punto de semejante importancia, que toca tan cerca de mi honor, y más cerca aún de mi vida; temo. Estaba aquí de labor, entre mis damas, y, Dios lo sabe, poco preparada para recibir a hombres como vosotros y escuchar tales asuntos. En nombre de la realeza que he poseído, pues ya toco a los últimos instantes de mi esplendor, suplico a ambas de vuestras gracias dejéis a mi causa tiempo y reflexión. ¡Ay! ¡Soy una mujer sin amigos, si esperanzas!

WOLSEY.- Señora, vuestros temores son un ultraje para el afecto del rey. Vuestros amigos y esperanzas son infinitos.

REINA.- En Inglaterra, solo de escaso provecho. ¿Podéis pensar, lores, que se atrevería ningún inglés a darme sus consejos? O que, si hallase uno lo bastante insensato para servirme, ¿podría ser abiertamente mi amigo contra la voluntad de Su Alteza y vivir como súbdito? No, a fe, amigos míos; los que pueden pensar equitativamente mis aflicciones, aquellos a quienes mi conciencia puede aferrarse, no viven aquí. Están, como todos mis demás conueles, lejos de aquí, en mi país natal, señores.

CAMPEYO.- Desearía que Vuestra Gracia olvidara sus penas y aceptara mis consejos.

REINA.- Veamos, señor.

CAMPEYO.- Poned vuestra causa bajo la protección del rey; os ama y es muy generoso. Es el partido más conveniente para vos y vuestra causa, porque si el fallo de la ley os es desfavorable, partiréis de aquí deshonrada.

WOLSEY.- Os habla acertadamente.

REINA.- Me aconsejáis lo que es vuestro deseo común: mi ruina. ¿Es ese vuestro deseo cristiano? ¡Vergüenza sobre vosotros! El cielo está aún por encima de nuestras cabezas. Allí se sienta un Juez que ningún monarca puede corromper.

- CAMPEYO.- Vuestra pasión nos juzga mal.
- REINA.- ¡Mayor vergüenza para vosotros! Os creía dos santos varones, por mi alma; dos reverendas virtudes cardinales; pero temo seáis dos pecados cardinales, dos corazones hipócritas. ¡Enmendaos, por pudor, señores! ¿Es este el consuelo, el cordial que le traéis a una infeliz dama, a una mujer sin apoyo en medio de vosotros, despreciada, insultada? No os deseo la mita de mis miserias; tengo más caridad. Pero decid a lo menos que os lo he advertido y temed, en nombre del cielo, temed que un día el peso entero de mis dolores caiga sobre vosotros.
- WOLSEY.- Señora, esas palabras son puro delirio. Convertís el bien que os ofrecemos en malevolencia.
- REINA.- Vos me convertís en nada. ¡Mal hayan vos y todos los falsos sectarios que se os asemejan! Si hubiese en vosotros alguna justicia, alguna piedad; si tuvieseis de sacerdotes algo más que los hábitos ¿me propondrías entregar mi causa enferma en las manos del que me odia? ¡Ah! Me ha desterrado ya de su tálamo y, hace mucho tiempo, de su cariño. Ya soy vieja, minores, y el único lazo que hora me ata a él es la obediencia. ¿Qué me puede ocurrir que rebase esta miseria? Todos vuestros estudios hálleme una maldición como esta.
- CAMPEYO.- Vuestros temores van demasiado lejos.
- REINA.- He vivido tanto tiempo (dejadme hablar por mí misma, ya que la virtud no halla amigos) siendo su esposa, una esposa leal, una mujer en quien jamás (me atrevo a decirlo sin vanagloria) ha recaído una sospecha; he concentrado en el rey la plenitud de mis afecciones; ha sido mi más amado después del cielo; le he obedecido, le he adorado con una supersticiosa ternura, para verme así recompensada. Esto no está bien, lores. Mostradme una mujer constante a su marido, una mujer que no haya soñado nunca otra alegría sino la que a él pueda agradarle, y a esta mujer, cuando haya mostrado toda la virtud posible, añadiré yo todavía un mérito: la paciencia.
- WOLSEY.- Señora, os alejáis del objeto ventajoso que os proponemos.
- REINA.- Milord, no me atrevo a hacerme culpable del crimen de abandonar voluntariamente al noble título al cual me unió vuestro señor al desposarme. Nada, sino la muerte, me divorciará jamás de mis dignidades.

WOLSEY.-

Oidme, os lo suplico.

REINA.-

¡Ojalá no hubiera puesto nunca los pies en este suelo de Inglaterra, ni respirado los halagos que aquí se exhalan! Tenéis caras de ángeles, pero el cielo conoce vuestro corazones. ¿Qué será ahora de mí, desgraciada dama? ¡Soy la mujer más mísera que existe! (*A sus damas*) ¡Ay pobres doncellas! ¿Dónde están ahora vuestras fortunas? Heme aquí naufragada en un reino donde no hallo ni piedad, ni amigos, ni esperanza; donde apenas se me concede la tumba. Como el lirio, que antes fue el ornamento de la pradera, y allí floreció, voy a inclinar mi cabeza y a morir.

WOLSEY.-

Si Vuestra Gracia nos permitiera hacerle ver que el fin que nos guía es honrado, os sentirías más aliviada. ¿Por qué motivo, buena dama, habríamos de torturaros? ¡Ay! Nuestras intenciones, la naturaleza de nuestra profesión, se oponen a semejante cosa. Tenemos la misión de curar los dolores, no de acrecentarlos. En nombre de la virtud, considerad lo que hacéis; considerad a qué extremo puede perjudicaros esta conducta, sí; considerad que puede enajenaros completamente la voluntad del rey. El corazón de los príncipes besa la obediencia, tanto la aman; pero ante las almas rebeldes se hinchan de indignación y estallan terribles, como las tempestades. Sé que tenéis un noble, y bello carácter, un alma siempre apacible, como un mar en calma; os lo suplico, no veáis en nosotros sino lo que hacemos profesión de ser.: mediadores de la paz, amigos y servidores.

CAMPEYO.-

Señora, os convenceréis de que es así. Ultrajáis vuestras virtudes con esos temores, dignos de mujeres pusilánimes. Un espíritu elevado como el vuestro arroja siempre fuera de sí, como moneda falsa, semejantes dudas. El rey os ama; tened cuidado, no lo perdáis. En cuanto a nosotros, si os dignáis confiarnos este asunto, estamos dispuestos a emplear en vuestro servicio nuestros esfuerzos más diligentes.

REINA.-

Haced lo que queráis, menores, y perdonadme, os ruego, si me he conducido incorrectamente. Sabéis que soy una mujer desprovista de capacidad para dar una respuesta conveniente a personajes como vosotros. Os lo suplico, llevad al rey la expresión de mi sacrificio. Todavía tiene mi corazón, y tendrá mis plegarias mientras dure mi vida. Vamos, reverendos padres: concededme vuestros consejos. Ella mendiga ahora, la que poco ha pensaba, cuando puso aquí los pies, que no pagaría tan caras sus dignidades. (*Salen.*)

Escena Segunda

Londres- Antecámara en los aposentos del rey.

Entran el Duque de Norfolk, el Duque de Suffolk, el Conde de Surrey y el Lord Chambelán.

- NORFOLK.- Si queréis ahora unir vuestras quejas y mantenerlas con constancia, el cardenal no podrá resistir a su choque. Si desaprovecháis la ocasión que se os ofrecen este momento, no puedo prometeros sino nuevas desgracias, que vendrán a añadirse a las que sufrís hoy.
- SURREY.- Acogeré con alegría la más ligera ocasión que se me presente para vengarme de él, en memoria del duque mi suegro.
- SUFFOLK.- ¿Quién de los pares a escapado a sus desprecios, o, al menos, a la más extraña indiferencia? ¿Cuándo ha respetado en nadie, a no ser en él mismo, el blasón de la nobleza?
- CHAMBELÁN.- Milores, habláis a vuestra anchas. Lo que merece de vuestra parte y de la mía, lo sé; pero en cuanto a lo que podemos hacer contar él, aunque el momento actual no sea el preciso, mucho lo temo. Si no conseguís privarle de todo acceso al rey, no intentéis nunca nada contra él, porque su palabra tiene sobre el soberano un poder de sortilegio.
- NORFOLK.- ¡Oh! No tengáis miedo de él a este respecto; su sortilegio carece ya de fuerza. El monarca ha descubierto contra él hechos que destruyen para siempre la miel de su lenguaje. No; está embarrancado de manera que no se levantará de su desgracia.
- SURREY.- Señor, sería para mí una alegría recibir semejantes nuevas cada hora.
- NORFOLK.- Creedme, es cierto; sus procedimientos contradictorios en el asunto del divorcio han sido descubiertos, en los cuales se ha mostrado como yo desearía a mi enemigo.
- SURREY.- ¿Y cómo han salido a la luz sus manejos?
- SUFFOLK.- De la manera más extraña.
- SURREY.- ¡Oh! ¿Cómo, cómo?

- SUFFOLK.- La carta del cardenal al Papa ha sido interceptada y ha caído bajo los ojos del rey , quien ha visto cómo el cardenal persuadía a Su Santidad a que detuviera el proceso de divorcio, pues, si se verificaba, “observo -decía- que el rey ha puesto su amor en una criatura de la reina: lady Ana Bolena.”
- SURREY.- ¿Ha leído eso el rey?
- SUFFOLK.- Podéis creerlo.
- SURREY.- ¿Producirá su efecto?
- CHAMBELÁN.- El rey ha advertido de qué manera encubierta y tortuosa se encamina a sus fines particulares. Pero en este punto todas sus medidas han fracasado, y sus remedios llegan después de la muerte del paciente. El rey se ha casado ya con la hermosa dama.
- SURREY.- ¡Ojalá lo haya hecho!
- SUFFOLK.- ¡Podéis hacer honor, milord, al cumplimiento de ese deseo! Pues, os lo declaro, os es concedido.
- SURREY.- Toda mi gloria acompañe ahora a esa conjunción de astros.
- SUFFOLK.- Mi amén a ello.
- NORFOLK.- Los amenes de todos.
- SUFFOLK.- Se han dado las órdenes para la coronación. ¡Pardiez!, el suceso es bien reciente, y es bueno no contarlo a todos los oídos. Pero, milord, es una criatura encantadora y perfecta de alma y de figura. Me persuado que de ella saldrá para este país alguna bendición que sea memorable.
- SURREY.- Pero ¿digeriría el rey esa carta del cardenal? ¡El Señor lo impida!
- NORFOLK.- ¡Amén, a fe!
- SUFFOLK.- No, no; hay otras moscas que zumban alrededor de su nariz, que le harán sentir más pronto el aguijón. El cardenal Campeyo ha huido a Roma sin despedirse, dejando la causa del rey en suspenso, y ha tomado la posta como agente de nuestro cardenal para secundar todo su complot. Os aseguro que el rey ha exclamado: “¡Eh!”, al saber la cosa.

CHAMBELÁN.- Pues Dios lo irrite más todavía y le haga gritar, “¡Eh!”, aún más fuerte.

NORFOLK.- Pero, milord, ¿cuándo vuelve Cranmer?

SUFFOLK.- Ya ha vuelto, con sus mismas opiniones, las cuales, unidas a las de todos los famosos colegas de casi toda la cristiandad, han determinado al rey al divorcio. Dentro de poco, creo se hará público su segundo casamiento y vendrá la coronación. Catalina ya no se llamará reina, sino princesa que goza de los títulos del esposo y viuda del príncipe Arturo.

NORFOLK.- Ese Cranmer es un hombre digno y se ha interesado en el asunto del rey.

SUFFOLK.- Sí; y en recompensa le veremos arzobispo.

NORFOLK.- Así lo he oído.

SUFFOLK.- Así es. El cardenal.

Entran Wolsey y Cromwell.

NORFOLK.- Observad, observad: está de humor.

WOLSEY.- El paquete, Cromwell, ¿lo entregaste al rey?

CROMWELL.- En sus propias manos, en su dormitorio.

WOLSEY.- ¿Miró el contenido de esos papeles?

CROMWELL.- Los desató inmediatamente, y el primero que es echó a la cara la leyó con semblante serio; había una preocupación en su fisonomía. Me ha encargado deciros que le esperaseis aquí esta mañana.

WOLSEY.- ¿Se dispone ya a salir?

CROMWELL.- Creo que no tardará.

WOLSEY.- Dejadme un instante. *(Sale Cromwell.)* Será la duquesa de Alençon, la hermana del rey de Francia. Con ella se desposará... ¡Ana Bolera! No; no quiera Anas Boleras para él. Se trata de algo más importante que una cara bonita... ¡Bolena! No; no queremos Bolenas... Ardo en deseos de recibir noticias de Roma... ¡La marquesa de Pembroke!

NORFOLK.- Está enojado.

SUFFFOLK.- Puede que haya oído que el rey aguza su cólera contar él.

SURREY.- ¡Que la aguce bastante, Señor, para tu justicia!

WOLSEY.- ¡Una dama reciente de la reina! ¡La hija de un caballero convertirse en señora de su señora! ¡La reina de la reina!... Esa candela no luce bien; debe soplarla, y hela aquí extinta... Que aunque conozca sus virtudes y sus buenas cualidades, también la conozco por una rabiosa luterana; y no sería saludable a nuestra causa que reposara en el seno del rey, ya tan difícil de gobernar. Además, ha surgido un herético, un archiherético, Cranmer, uno que se ha insinuado a favor del rey y es su oráculo.

NORFOLK.- Alguna cosa le preocupa.

SURREY.- ¡Ojalá fuese alguna que le rompiese la cuerda principal del corazón!

SUFFOLK.- ¡El rey, el rey!

Entra el Rey, leyendo un pliego, y Lovell.

REY.- ¡Qué pilas de riquezas ha amontonado en provecho propio y qué gastos parecen correr de sus manos a todas horas! ¿Cómo, en nombre del lucro, ha podido acumular esto? Ahora, milores, ¿habéis visto al cardenal?

NORFOLK.- Señor, nos hemos puesto a observarle. Su cerebro parece haber recibido alguna extraña conmoción. Se muerde los labios y se estremece, detiénese bruscamente, mira al suelo; después pone su dedo en la sien; de repente comienza a marchar a grandes pasos; luego se detiene, golpeándose el pecho con fuerza, y en seguida vuelve los ojos hacia la luna. Le hemos visto tomar las posturas más extrañas.

REY.- Puede muy bien ser,; hay una rebelión en su cerebro. Esta mañana me ha enviado a examinar ciertos papeles de Estado que le había pedido. ¿Y qué creéis que he hallado allí, por mi conciencia, puesto inadvertidamente? Un inventario, a fe mía, que contenía diversas piezas de su vajilla de plata, sus tesoros, sus tapices y moblaje de su casa, el cual asciende, según mi cálculo, a una cifra tan alta, que rebasa la fortuna de un súbdito.

NORFOLK.- Esto es obra del cielo. Algún espíritu ha colocado ese papel en el paquete para que llegase a vuestros ojos.

- REY.- Si pensáramos que sus meditaciones se cernían por encima de la tierra y se fijaban en objetos espirituales, le dejaríamos sumergido en sus abstracciones; pero temo que sus pensamientos no se dirijan a las cosas sublunares y merezcan tan seria contemplación. *(Se sienta en su silla y cuchichearon Lovell, que aborda a Wolsey.)*
- WOLSEY.- ¡El cielo me perdone! ¡Bendiga Dios siempre a Vuestra Alteza!
- REY.- Buen milord, abundáis en tesoros celestiales y lleváis en vuestra alma el inventario de vuestras mejores riquezas. Ahora mismo estabais haciendo de ellas una recapitulación. Apenas tenéis tiempo de robar algunos minutos a vuestras preocupaciones espirituales para dar audiencia a vuestros intereses. sois en este punto, según creo, un mal economista, y me alegro de teneros por compañero.
- WOLSEY.- Señor, consagro un tiempo determinado a mis funciones sagradas; otro, al cumplimiento del cargo que desempeño en el Estado, y la Naturaleza reclama sus horas de reposo, y yo, su hijo frágil, como todos mis otros hermanos mortales, debo prestarle mi atención.
- REY.- Muy bien dicho.
- WOLSEY.- Y pueda Vuestra Alteza, como me esforcé en darle ocasión, hacer que marchen juntos en mí el bien decir con el bien obrar.
- REY.- Muy bien dicho otra vez; y bien decir es una manera de bien obrar, y, sin embargo, las palabras no son acciones. Mi padre os amaba, lo decía; y por sus actos a favor vuestro coronó sus palabras. Desde mi entronización os he tenido cerca de mi corazón. No solamente os he empleado en los negocios que podrían reportaros grandes beneficios, sino que os he entregado parte de mis bienes actuales para extender sobre vos mi liberalidad.
- WOLSEY.- *(Aparte.)* ¿Qué puede significar esto?
- SURREY.- *(Aparte a los otros.)* El Señor acreciente este negocio.
- REY.- ¿No os he hecho el primer personaje del estado? Contestadme, os ruego, si lo que ahora os digo no es la verdad. Y si podéis confesarlo, declarad si me debéis muchas obligaciones o no. ¿Qué decís?
- WOLSEY.- Mi soberano, confieso que las gracias que todos los días habéis hecho derramar sobre mí han estado por encima de lo que podía

rendiros con mis esfuerzos asiduos; esto habría rebasado las fuerzas humanas. Mis esfuerzos han quedado siempre por debajo de mis deseos; pero todas mis facultades se han empleado en acortar la distancia. No he tenido otras miras personales que las que podían tender al bien de vuestra augusta persona y al provecho del Estado. En cuanto a los grandes favores que habéis acumulado sobre mí, indigno como soy, no puedo sino rendiros el agradecimiento de un respetuoso súbdito, las plegarias que dirijo al cielo por vos y mi fidelidad, que fue siempre en aumento y no cesará de crecer hasta que la muerte, ese invierno de la vida, la deje helada.

REY.-

Hermosamente contestado. Así se muestra un súbdito obediente y leal. El honor de ello es su recompensa; la ignominia es su castigo. Presumo que, así como mi mano se ha abierto liberalmente para vos, mi corazón os ha prodigado su afecto, mi potestad ha hecho llover los honores sobre vuestra cabeza más que sobre ninguna otra de mis vasallos; así vuestra mano y corazón, vuestra inteligencia y cada una de las facultades de vuestra persona deberían, independientemente de vuestras obligaciones de fidelidad, pertenecerme, por el hecho de este cariño particular, más a mí, vuestro amigo, que a otro alguno.

WOLSEY.-

Afirmo que siempre he tratado por el bien de Vuestra Alteza más que por el mío propio; lo que he sido, lo que soy y lo que seré, aun cuando todos vuestros súbditos os negasen su obediencia y arrancaran de su alma este sentimiento; aun cuando os viese rodeado de peligros tan numerosos como el pensamiento puede imaginar y aparecieran bajo las más horribles formas que pueda concebir la mente, mi obediencia, semejante a un peñasco batido por las olas, rompería el asalto de esta mar furiosa y os permanecería inquebrantable.

REY.-

Está noblemente hablado. Tomad noticia, lores, de que tiene un corazón leal, pues lo habéis visto abrirse. Leed esto. *(Dándole papeles.)* Y después de esto; y luego idos a almorzar con el apetito que tengáis. *(Sale el Rey, frunciendo el entrecejo ante el cardenal Wolsey; los Nobles le siguen, sonriendo y cuchicheando.)*

WOLSEY.-

¿Qué significa esto? ¿A qué obedece esta repentina cólera? ¿Cómo me la he atraído? Se ha marchado frunciendo el entrecejo contra mí, como si la ruina cayera de sus ojos. Tales son las miradas furiosas que lanza el león al cazador temerario que le hiere; luego le reduce a la nada. Leamos este papel; le temo, es el motivo de su cólera. En efecto, este papel me ha perdido; es el inventario de las inmensas riquezas que acumulé para mis fines particulares; es

decir, para ganar el papado y asalar a mis amigos de Roma. ¡Oh negligencia en la que solo un loco hubiera caído! ¿Qué mal genio me hizo mezclar este gran secreto en el paquete que envié al rey? ¿No habrá medio de reparar esto? ¿Ni ningún otro recurso para apartar esto de su cerebro? Sé que esto le indignará profundamente. Sin embargo, no conozco un medio que, si surte el efecto que espero, podrá otra vez sacarme a flote, a despecho de la Fortuna. ¿Qué es esto? ¿“Al Papa”? ¡Por mi vida!, es la carta que he escrito a Su Santidad con toda la exposición del asunto. Pues, entonces, ¡adiós!... He tocado el punto más elevado de toda mi grandeza, y, desde el pleno meridiano de mi gloria, corro a toda prisa hacia mi ocaso. Caeré como un resplandeciente meteoro en el véspero, y nadie me verá más.

Vuelven a entrar los Duques de Norfolk y de suffolk, el conde de Surrey y el Lord Chambelán

- NORFOLK.- Oíd la voluntad del rey, cardenal. Os ruega entregar inmediatamente en nuestras manos el gran sello y retiraros a Asher-House, en los dominios de milord Winchester, hasta que recibáis órdenes de Su Alteza.
- WOLSEY.- Un instante; ¿dónde están vuestros poderes, lores? Simples palabras no pueden tener un atan grande autoridad.
- SUFFOLK.- ¿Quién se atreve a contradecirlas siendo la voluntad del rey, emanadas de su boca expresamente?
- WOLSEY.- Hasta que se me muestre algo más que poderes o palabras, para ejecutar (quiero decir, vuestra malicia), sabed, oficiosos lores, que me atreveré y debo negarlas. Ahora veo de qué grosero metal estáis forjados: envidia. ¡Con qué ardor seguíais mis desgracias, como si ello os engordase! ¡Y qué celo y docilidad mostráis ante cuanto puede significar mi ruina! ¡Seguid vuestra envidiosa marcha, hombres rencorosos! Vuestros sentimientos cristianos os justifican, y, sin duda hallarán en momento propicio su recompensa. El sello que me pedís con tanta violencia, el rey (mi señor y vuestro) me lo entregó con su propia mano; ordenóme que gozase de él, con el cargo y honores inherentes, durante mi vida; y para confirmar su bondad, lo aseguró con cartas de privilegio. Ahora, ¿quién lo tomará?
- SURREY.- El rey que lo entregó.
- WOLSEY.- Es necesario, entonces, que sea él en persona.

- SURREY.- ¡Sacerdote, eres un traidor orgulloso!
- WOLSEY.- ¡Mientes, orgulloso lord!... Hace cuarenta horas, Surrey hubiera preferido quemarse la lengua antes que hablar así.
- SURREY.- Tu ambición, pecado vestido de escarlata, arrebató de este gemebundo país al noble Buckingham, mi suegro. Las cabezas de todos tus hermanos cardenales (con la tuya y cuanto tienes de mejor) no valían un cabello de la suya. ¡Maldición sobre tu política! Me enviaste de lugarteniente a Irlanda para que no pudiera socorrerle, lejos del rey, lejos de todos los que habrían podido obtener el perdón por la falta que le atribuías, mientras tu bondad suprema, movida de santa compasión, le absolvía con el hacha.
- WOLSEY.- Respondo de que eso y todo cuanto pueda imputarme este lord charlatán es completamente falso. El duque recibió legalmente su merecido. Hasta qué punto he sido inocente de cualquier odio particual ren el fin que ah tenido, su noble tribunal y la infamia de su causa pueden atestiguarlo. Si gustara de hablar por extenso, os diría, lores, que tenéis tan poca buena fe como honor; que, en cuanto a lealtad y fidelidad hacia el rey, mi siempre soberano señor, me atrevo a desafiar²⁴ a un hombre más íntegro que pueda ser Surrey y todos los que se complacen en susu estupideces.
- SURREY.- ¡Por mi alma, sacerdote, que vuestro largo vestido os protege! ¡De lo contrario, sentirías mi espada en tu carne! Milores, ¿podéis soportar con paciencia esta arrogancia? ¿Y de parte de tal individuo? ¡Si permitimos así cobardemente ser tratados como rocines por un pedazo de escarlata, adiós nobleza! Que prosiga su gracia y nos espante con su capelo como alondras.
- WOLSEY.- ¡Toda virtud es veneno para tu estómago!
- SURREY.- ¡Sí, cardenal, la virtud que consiste en reunir en vuestras manos todas las riquezas del país en bloque por extorsión! La virtud de

²⁴ *Dare mate* en el texto original. La expresión ha embarazado bastante a los comentaristas. A nuestro juicio, está tomada del castellano, como tantas otras en que no reparó bien la crítica extranjera por su desconocimiento del español. *To mate*, más bien que sinónimo de *to confound*, o *to pralyze*, como *suponen* los lexicógrafos ingleses, es exactamente “dar mate” en el juego de ajedrez. Proviene del “jaque y mate”, corrupción del persa *schack-mat* (el rey está muerto), que pasó al latín, *mactare*, y posteriormente al francés, de donde *mat* y *mater*. Nosotros, atendiendo más bien a la armonía de la frase, y por parecernos ahora algo enfático del significado natural de “matar” o “dar mate”, hemo svertido el *dare* (atreverse) y *mate* (acompañar, comprar) por “atreverse a desafiar”, que hace buen sentido, pero no sin advertir lo que antecede. Los acostumbrados al lenguaje shakespeariano saben bien cuánto abunda nuestro poeta en osadías de expresión, que han hecho de su estilo el más vibrante de los existentes. Shakespeare emplea, además, el vocablo *mate*, en esta misma acepción, en *Macbeth* (acto V, escena primera); en *Venus y Adonis*, verso 909, y en la segunda parte de *Enrique VI* (acto III, escena primera).

vuestros pliegos interceptados escritos por vos al Papa contra el rey. Vuestra virtud, puesto que me provocáis, se hará pública y notoria. Milor de Norfolk, como verdaderamente noble que soís, como cuidadoso del bien público, de las prerrogativas de nuestra nobleza despreciada, de los intereses de nuestro hijos, que, si este hombre vive, apenas serán hidalgos, desplegad la larga suma de los crímenes, la colección de maldades de toda su vida. ¡Quiero haceros temblar más que la campanilla del sagrado sacramento cuando la barragana morena yacía acariciadora entre vuestros brazos, lord cardenal!

- WOLSEY.- ¡Que profundo desprecio me parece que sentiría por ese hombre, si no me retuviera la caridad!
- NORFOLK.- En resumen, milord: se halla en las manos del rey; solo puedo deciros esto: que es odioso.
- WOLSEY.- Más brillante y pura se alzaré mi inocencia cuando el rey conozca mi serenidad.
- SURREY.- Eso no ha de salvaros. Gracias a mi memoria, recuerdo todavía algunas de esas maldades, y voy a decíros las. Ahora, si podéis sonrojaros y reconoceros culpable, mostraré un poco de pudor, cardenal.
- WOLSEY.- Hablad, señor; afronto vuestras peores acusaciones; si me enrojeczo es de ver a un noble perder la cortesía.
- SURREY.- ¡Prefiero perder eso antes que mi cabeza! ¡En guardia! Primero, se os acusa de que, sin asentimiento ni conocimiento del rey, habéis trabajado por haceros nombrar legado, por cuyo poder habéis restringido la jurisdicción de todos los obispos.
- NORFOLK.- Luego, a todas las castas dirigidas a Roma y a los príncipes extranjeros empleabais siempre esta fórmula: *Ego et Rex meus*²⁵, por lo cual presentabais al rey como vuestro servidor.
- SUFFOLK.- Después, a espaldas del rey y del Consejo, cuando fuisteis enviado en calidad de embajador del emperador, tuvisteis la audacia de llevaros el sello a Flandes.
- SURREY.- Item, sin el consentimiento del rey ni la autorización del Estado, remitisteis a Gregorio de Cassalis amplios poderes para ajustar una tregua entre Su Alteza y Ferrara.

²⁵ "Yo y mi rey." La acusación es verdaderamente ridícula. En latín se antepone siempre el pronombre *ego*.

- SUFFOLK.- Además, por pura ambición, habéis hecho grabar en la moneda del rey vuestro sagrado capelo.
- SURREY.- También habéis mandado sumas enormes, y dejo a vuestra propia conciencia el cuidado de saber por qué medios las habéis adquirido, para asalar a Roma y allanar los caminos de vuestras dignidades por la mera ruina de todo el reino. Muchas más cosas hay; pero como provienen de vos y son odiosas, no mancharé con ellas mis labios.
- CHAMBELÁN.- ¡Oh milord! No empujéis tan duramente a un hombre que cae. Esto es caritativo. Sus faltas han sido sometidas a las leyes. Sean estas y no vos, quienes le castiguen. Mi corazón se conmueve de verle tan pequeño, él, que era tan grande.
- SURREY.- Le perdono.
- SUFFOLK.- Lord cardenal, he aquí la ulterior voluntad del rey: como todos los actos que habéis realizado recientemente en este reino, en virtud de vuestro poder de legado, caen bajo la jurisdicción de una *praemunire*, por cuanto puede invocarse contra vos este derecho, tengo orden de anunciaros que todos vuestros bienes, tierras, dominios, castillos y demás posesiones quedan confiscados y que os halláis fuera de la protección del rey.
- NORFOLK.- Y, seguros de ello, os dejamos con vuestras meditaciones para reformar vuestra vida. En cuanto a vuestra negativa de entregarnos el gran sello, el rey la conocerá y os la agradecerá sin duda. Así, pasadlo bien, mi pequeño lord cardenal. *(Salen todos menos Wolsey.)*
- WOLSEY.- Adiós también, por el pequeño bien que me deseáis. ¡Y adiós, un largo adiós, a toda mi grandeza! Tal es la condición del hombre: hoy despliega las tiernas hojas de la esperanza; mañana florece y lleva en gruesos racimos sus deslumbrantes honores. Al tercer día sobreviene una escarcha, una escarcha asesina, y cuando, hombre sencillo y candoroso, cree, lleno de confianza, que su grandeza está a punto de madurar, esta escarcha deseca su raíz y cae entonces, como yo. Semejante a esos mozalbetes atolondrados que nadan con vejigas, me he arriesgado por espacio de muchos estíos sobre un mar de gloria; pero he ido más lejos que allí donde podía posar mis pies. Mi orgullo, demasiado henchido de aire, ha reventado en toda su extensión debajo de mí; y ahora me deja, viejo y fatigado por el servicio, a merced de un torrente impetuoso que va a devorarme para siempre. ¡Vaya pompa y gloria de este mundo, os aborrezco! ¡Siento a mi corazón abrirse nuevamente! ¡Oh! ¡Que desdichado

es el infeliz que depende del favor de los príncipes! ¡Allí, entre esa sonrisa a que aspiramos, esa mirada acariciadora de los monarcas y la ruina a que nos arrojan, hay más zozobras y temores que los que causa la guerra o sufren las mujeres; y cuando el favorito cae, cae como Lucifer, para nunca más esperar!...

Entra Cromwell, consternado.

- WOLSEY.- ¡Hola! ¿Qué hay Cromwell?
- CROMWELL.- No tengo fuerzas para hablar, señor.
- WOLSEY.- ¡Cómo! ¿Tan consternado estás por mi infortunio, que se asombra tu espíritu de que decline un grande hombre?
- CROMWELL.- ¿Cómo se halla vuestra Eminencia?
- WOLSEY.- Bien, muy bien; nunca me he sentido tan feliz, mi buen Cromwell. Ahora me conozco a mí mismo, y siento en mi interior una paz por encima de todas las dignidades de la Tierra. Una conciencia tranquila y reposada. El rey me ha curado; lo agradezco humildemente a Su Majestad. Y de mis hombros, estas columnas ruinosas, ha descargado con cu piedad un peso que hubiera bastado para hundir un navío: el peso de excesivos honores. ¡Oh, esta se una carga Cromwell; esta es una carga demasiado agobiadora para un hombre que aspira al cielo!
- CROMWELL.- Celebro que Vuestra Eminencia haya sabido sacar de su desgracia tan legítimo provecho.
- WOLSEY.- Espero sacarlo. Soy ahora capaz, a lo que me parece, tal fortaleza de alma siento, de soportar miserias más numerosas y grandes todavía de las que mis enemigos de corazón cobarde atrevieran a imponerme. ¿Qué noticias circulan?
- CROMWELL.- La más grave y peor es vuestro disgusto con el rey.
- WOLSEY.- ¡Dios le bendiga!
- CROMWELL.- Al otra es que Sir Tomás Moro ha sido elegido lord canciller en lugar vuestro.
- WOLSEY.- Es una elevación algo precipitada, pero es un hombre cultísimo. ¡Ojalá conserve mucho tiempo el favor de Su Alteza y haga justicia por amor de la verdad y bien de su conciencia; que sus

huesos, cuando haya terminado su carrera y duerma entre bendiciones, puedan reposar en una tumba que los huérfanos rieguen con sus lágrimas! ¿Qué hay más?

CROMWELL.- Que Cranmer está de regreso con afectuosa acogida, habiéndose instalado como lord arzobispo de Cantenbury.

WOLSEY.- Gran noticia, en efecto.

CROMWELL.- La última es que lady Ana, con quien el rey está casado en secreto desde hace algunos días, se la ha visto hoy públicamente ir a la capilla como reina, y ahora no se habla de otra cosa sino de su coronación.

WOLSEY.- Ese es el peso que me ha derribado. ¡Oh Cromwell! El rey me ha vuelto la espalda. Ha perdido para siempre toda mi gloria por esa mujer. Ningún sol anunciará ya mis dignidades ni dorará las nubes de cortesanos que codiciaban mis sonrisas. ¡Anda, apártate de mí, Cromwell; soy un pobre hombre caído, indigno ahora de ser tu dueño! ¡Busca al rey, sol que suplico al cielo no se ponga jamás! Le he dicho quién eres y cuánta es tu fidelidad. Te favorecerá. Un ligero recuerdo mío le impedirá, conozco su natural generoso, no dejar así perecer tus servicios tan llenos de esperanza. Buen Cromwell, no lo olvides; aprovecha ahora la ocasión y provee a tu propia seguridad para el futuro.

CROMWELL.- ¡Oh milord! ¿Debo entonces dejaros? ¿Debo abandonar necesariamente a un amo tan bueno, tan noble, tan leal? Sed testigos todos los que no tenéis entrañas de hierro con qué pena se separa Cromwell de su señor. El rey tendrá mis servicios, pero mis plegarias serás siempre y siempre para vos.

WOLSEY.- Cromwell, no había pensado verter una lágrima por todos mis infortunios; pero me has obligado con tu honrada fidelidad a representar el papel de una mujer. Sequemos el llanto de nuestros ojos, y óyeme bien, Cromwell; cuando sea olvidado, como lo seré, y duerma bajo un mármol duro y frío, donde nunca ya se hará mención de mí, di que yo te aconsejé; di que este Wolsey, que una vez recorrió los senderos de la gloria y sondeó todas las profundidades y escollos de la dignidad, te descubrió en su naufragio un camino recto y seguro por donde te elevaras, aunque tu amo lo había pedido. Observa bien mi caída y al causa de mi ruina. Cromwell, te lo recomiendo: rechaza la ambición. Por este pecado cayeron los ángeles. ¿Cómo, pues, el hombre, la imagen de su Creador, puede esperar vencer por este pecado? Ámate en último lugar; aprecia los corazones que te aborrezcan. La

corrupción no alcanza más que la honradez. Lleva siempre en tu mano derecha la dulce paz a fin de imponer silencio a las lenguas envidiosas. Sé justo, y no temas nada. Que cuantos designios te propongas tengan por objeto el bien de tu país, la gloria de tu Dios y la verdad. Entonces, ¡oh Cromwell, si caes, caerás como un mártir bendito! Sirve al rey. Y, te lo ruego, acompáñame a casa. Allí harás un inventario de cuanto poseo, hasta el último penique. Todo es del rey; mi vestido y mi devoción por el cielo son ahora lo único que me atrevo a decir que me pertenece. ¡Oh Cromwell, Cromwell! De haber servido a mi Dios con solo la mitad de celo que he puesto en servir a mi rey, no me hubiera entregado este, a mi vejez, desnudo, al furor de mis enemigos.

CROMWELL.- Bueno señor, tened paciencia.

WOLSEY.- Así hago. ¡Adiós, esperanzas de la Corte! Mis esperanzas residen en el cielo. *(Salen.)*

ACTO CUARTO

Escena primera

Una calle de Westminster.

Entran dos Caballeros, encontrándose.

CABALLERO 1.- Sed bien hallado una vez más.

CABALLERO 2.- E igualmente vos.

CABALLERO 1.- ¿Venís a apostaros aquí y ver a lady Ana al regreso de su coronación?

CABALLERO 2.- Ese es todo mi objeto. Es nuestra última entrevista el duque de Buckingham volvía de su interrogatorio.

CABALLERO 1.- En verdad; pero aquel era un día de duelo general; este es de general regocijo.

CABALLERO 2.- Cierto. Estoy seguro de que los ciudadanos han expresado ampliamente sus sentimientos reales (a lo que, hágaseles justicia, siempre se apresuran) en la celebración de este día con pantomimas, espectáculos pomposos y otras demostraciones de respeto.

- CABALLERO 1.- Nunca se vio tanta magnificencia, ni, os lo aseguro, mejor recibida, señor.
- CABALLERO 2.- ¿Puedo tomarme la libertad de preguntaros lo que contiene ese papel que tenéis en la mano?
- CABALLERO 1.- Sí, es la lista de los que reclaman, en el día de hoy, por derecho de costumbre, el privilegio de sus cargos en la coronación. El duque de Suffolk es el primero, y solicita ser el mayordomo mayor; después, el duque de Norfolk, como conde mariscal; podéis leer los restantes.
- CABALLERO 2.- Os lo agradezco, señor; si no conociera esas costumbres, me hubiera visto obligado a consultar vuestro papel. Pero, os lo suplico, ¿qué ha sido de Catalina, la princesa viuda? ¿Cómo va su asunto?
- CABALLERO 1.- También os lo puedo decir. El arzobispo de Canterbury, acompañado de otros sabios y reverendos personajes de su Orden, ha celebrado recientemente un tribunal de justicia en Dunstable, a seis millas de Amptill, donde residía la princesa, la cual fue citada por ellos muchas veces, pero no compareció nunca; y, para ser breve, a causa de su no asistencia y en consideración a los últimos escrúpulos del rey, por general asentimiento de todos estos ilustres varones, ha sido divorciado y declarado sin efecto su pasado matrimonio. Desde entonces se retiró a Kimbolton, donde reside ahora, enferma.
- CABALLERO 2.- ¡Ay pobre señora! (*Oyese un animado toque de trompetas.*) Suenan las trompetas. Quedémonos. Va a llegar la reina.

Orden del Cortejo:

1. *Dos jueces*
2. *El lord Canciller precedido de la bolsa y la maza*
3. *Coro de Cantores*
(Música)
4. *El Alcalde Mayor de Londres llevando la maza. En seguida el Herald de la Jarretera, en su cota de armas y sobre su cabeza una corona de cobre, dorada.*
5. *El Marqués de Dorset²⁶, llevando un cetro de oro, y en su cabeza una semicorona del mismo metal. Con él el Conde de Surrey, con una coronita de conde y la vara de plata rematada en paloma. Collares en forma de SS²⁷.*

²⁶ Descendiente del primer marqués de Dorset, que era hijo de Isabel de Woodeville, casada en segundas nupcias con Eduardo IV, de quien tuvo una hija, que luego se desposó con Enrique VII (dinastía de los Tudores). El marqués de Dorset, de apellido Grey, estaba, pues, ligado por vínculos de sangre con la familia real. (Véase, para más detalles, nuestra versión d Ricardo III.)

6. *El duque de Suffolk, en su traje de ceremonias y corona ducal, llevando una larga varita blanca de calidad de mayordomo mayor de la casa del rey. Con él, el Duque de Norfolk, con corona y bastón de marisca. Collares en forma de SS.*
7. *Un palio llevado de cuatro varones de los Cinco Puertos²⁸; bajo él, la Reina, con las insignias reales, y sobre su cabellera, ricamente adornada con perlas, la corona. A cada uno de sus lados, los Obispos de Londres y Winchester.*
8. *La anciana Duquesa de Norfolk, con una corona de oro mezclada con flores, llevando la cola de la Reina.*
9. *Varias damas o Condesas, con simples círculos de oro, sin flores.*

- CABALLERO 2.- ¡Un cortejo real, creedme!... Conozco a estos. ¿Quién es ese que lleva el cetro?
- CABALLERO 1.- El marqués de Dorset; y el de la vara, el conde de Surrey.
- CABALLERO 2.- ¡Un hidalgo arrogante y valeroso! ¡Y aquel debe de ser el duque de Suffolk!
- CABALLERO 1.- El mismo, el mayordomo mayor de la casa real.
- CABALLERO 2.- Y ese, ¿milord de Norfolk?
- CABALLERO 1.- Sí.
- CABALLERO 2.- *(Mirando a la Reina.)* ¡Los cielos te bendigan! Eres la figura más linda que he visto jamás... Señor, tan cierto como tengo alma, es un ángel. Nuestro rey posee entre sus brazos todas las indias, y más ricas y bellas que las otras, cuando abraza a esta dama. No puedo censurar su conciencia.
- CABALLERO 1.- Los que llevan el palio de honor sobre la soberana son cuatro varones de los Cinco Puertos.
- CABALLERO 2.- Dichosos esos hombres, e igualmente todos los que están cerca de ella. Supongo que la que le sostiene la cola es la noble señora duquesa de Norfolk.
- CABALLERO 1.- Es ella, y todas las damas son condesas.
- CABALLERO 2.- Sus coronitas lo dicen. En verdad, son estrellas, y algunas, estrellas candentes.

²⁷ *Collard of SS.* Insignia de una Orden de caballería, que algunos dicen del Espíritu Santo, cuyo origen se desconoce. Los eslabones de estos collares son en forme de una S.

²⁸ Oficiales a quienes se confiaba la guardia de los cinco puertos: Dover, Hastings, Hythe, Romney y Sandwich.

CABALLERO 1.- Dejemos eso. *(Sale el cortejo con una gran marcha de trompeta.)*

Entra un Caballero 3.

CABALLERO 1.- ¡Dios os guarde, señor! ¿De dónde venís acalorado?

CABALLERO 3.- De entre la muchedumbre, que se prensa de la abadía, donde no hubiera podido meter un dedo más. Me he sofocado con solo las emanaciones de su alegría.

CABALLERO 2.- ¿Habéis visto la ceremonia?

CABALLERO 3.- Sí.

CABALLERO 1.- ¡Bien digna de presenciarse!

CABALLERO 2.- Buen señor, relatádnosla.

CABALLERO 3.- Tan bien como pueda. El brillante cortejo de lores y damas, habiendo acompañado a la reina al sitio dispuesto en el coro, retiróse a cierta distancia de ella. En tanto, Su Gracia se ha sentado sobre un magnífico trono, para descansar algún tiempo, una media hora o cos así, exponiendo libremente la hermosura de su persona a las miradas del pueblo. Creedme, señor, es la mujer más seductora que haya jamás compartido el lecho de un hombre. Cuando el público la pudo contemplar tan plenamente, elevóse un rumor parecido al que hacen sobre la mar las velas agitadas por una violenta borrasca; tal era de fuerte y de sonidos tan diversos: sombreros, capas (y pienso que hasta jubones) han volado; y si sus rostros hubieran podido destacarse, los habrían perdido hoy. Jamás he visto semejante alegría. Mujeres adelantadas, que no esperan ni media semana para su trance, hendían la muchedumbre con sus vientres como lo arietes en las antiguas guerras, haciéndola retroceder. Ningún mortal hubiera podido decir allí: "Esta es mi mujer." Tan extrañamente estaban fundidas en una pieza todas las comadres.

CABALLERO 2.- Pero ¿qué pasó luego?

CABALLERO 3.- Por fin, se levantó Su Gracia, y, a pasos moderados, dirigióse al altar, donde se arrodilló, y semejante a una santa, elevó sus bellos ojos al cielo y oró devotamente. Después incorporóse otra vez, y se inclinó ante el pueblo. Entonces, de mano del arzobispo de Canterbury, recibió las insignias exteriores de la realeza, tales como el óleo santo, la corona de Eduardo el *Confesor*, la vara y

ave de la paz y todos los demás atributos noblemente depositados en ella. Hecho lo cual, el coro, con la música más escogida del reino, entonó el *Tedéum*. Con esto, partió, y con el mismo pomposo cortejo regresó a Cork-Place, donde se celebra la fiesta.

- CABALLERO 1.- Señor, esa residencia no debe ya denominarse York-Place, que es anticuado, pues desde la caída del cardenal ha perdido el nombre: ahora pertenece al rey, y se llama White-Hall.
- CABALLERO 3.- Lo sé; pero el cambio es tan reciente, que el nombre antiguo está aún fresco en mi memoria.
- CABALLERO 2.- ¿Quiénes eran los dos reverendos obispos que marchaban al lado de la reina?
- CABALLERO 3.- Stokesly y Gardiner; el uno, de Winchester (que acaba de ser promovido, de secretario que era del rey); el otro, de Londres.
- CABALLERO 2.- El de Winchester no pasa por gran amigo del arzobispo, el virtuoso Cranmer.
- CABALLERO 3.- Todo el país lo sabe. De cualquier modo, la división no es todavía considerable, y cuando sobrevenga, Cranmer hallará un amigo que no le abandonará.
- CABALLERO 2.- ¿Quién puede ser, os ruego?
- CABALLERO 3.- Tomás Cromwell, un hombre de mucho ascendiente con el rey, y en verdad un digno amigo. El monarca el ha nombrado guardajoyas de la corona y es ya uno del Consejo privado.
- CABALLERO 2.- Llegará a más.
- CABALLERO 3.- Sí, sin duda alguna. Vamos, caballeros, venid conmigo; voy a la corte y allí seréis mis huéspedes. Tengo alguna influencia. Conforme camine, os contaré más.
- LOS DOS.- Podéis mandarnos, señor.

Escena segunda

Kimbolton

Entra Catalina la reina enviudada, enferma, sosteniéndose en Griffith y Paciencia.

- GRIFFITH.- ¿Cómo se encuentra Vuestra Gracia?
- REINA.- ¡Oh, Griffith! Enferma de muerte. Mis piernas, como ramas recargadas, se doblan hacia el suelo, deseosas de librarse de su fardo. Acercadme un sillón... Así...; ahora me parece que siento un pequeño alivio... ¿No me has dicho, Griffith, mientras me conducías, que el célebre vástago de la Fortuna, el cardenal Wosley, había muerto?
- GRIFFITH.- Sí, señora; pero creía que Vuestra Gracia, a consecuencia del sufrimiento que padecía, no me prestaba atención.
- REINA.- Por favor, mi buen Griffith, cuéntame cómo ha muerto. Si ha muerto bien, me ha precedido dichosamente, para mi ejemplo.
- GRIFFITH.- El rumor público afirma que ha tenido un buen fin, señora. Cuando el poderoso conde de Northumberland lo arrestó en York y quiso presentarle..., como hombre gravemente mancillado.., para su castigo, cayó repentinamente enfermo, y quedó tan débil que no podía sostenerse en su mula.
- REINA.- ¡Ay pobre hombre!
- GRIFFITH.- En fin, viajando a cortas jornadas, llegó a Leicester, alojándose en la abadía, donde el venerable abad, con toda su comunidad, le recibió honorablemente. El cardenal le dijo estas palabras: “¡Oh padre abad! Un anciano derribado por las tempestades de la política viene a depositar entre vosotros sus fatigados huesos. ¡Concededle un poco de tierra, por caridad!” Luego metióse en cama, donde la enfermedad continuó minándole con encarnizamiento, y tres noches después, a eso de las ocho..., hora que había designado él como última de su vida..., lleno de arrepentimiento, meditaciones continuas, lágrimas y suspiros, rindió de nuevo al mundo sus dignidades, su parte bendita al cielo, y durmió en paz.
- REINA.- ¡Así descanse; que pesen sus faltas ligeramente en él! Sin embargo, Griffith, permíteme que diga libremente lo que de él pienso y sin ofender nunca los deberes de la caridad. Era hombre de orgullo sin límites, siempre queriendo medirse con los monarcas; un hombre que por su despotismo ha diezmado a todo el reino; la simonía era para él juego limpio; su propia opinión constituía su ley. En presencia os hubiera negado la verdad y portábase siempre con doblez en sus palabras y en sus actos. Nunca se mostraba complaciente sino allí donde meditaba la ruina.

Sus promesas eran, como él era entonces, magníficas; pero su ejecución era lo que él es ahora, nada. Sus costumbres eran malas y dio al clero un mal ejemplo.

GRIFFITH.- Noble señora, los vicios de los hombres quedan grabados en bronce; sus virtudes se escriben en el agua. ¿Me permitirá ahora Vuestra Alteza que diga lo que tuvo de bueno?

REINA.- Sí, buen Griffith; de otro modo, habría en mí malevolencia.

GRIFFITH.- Este cardenal, aunque de humilde nacimiento, fue indudablemente llamado a grandes honores desde su cuna. Era estudiante, y ya era sesudo y juicioso, singularmente ilustrado, elocuente y persuasivo. Duro y altanero para los que no le querían; pero dulce como el verano para los que le cortejaban. Y aunque había sido insaciable en recibir..., lo que era un pecado..., no obstante, señora, resultaba verdaderamente pródigo en conceder. ¡Sed por siempre testigos vosotros, santuarios gemelos de la ciencia levantados por él, Ipswich y Oxford! Uno de los cuales ha caído con él, No queriendo sobrevivir en su fundador. El otro, aunque sin acabar, es tan famoso ya, sin embargo, tan excelente en las artes y de un progreso tan continuo, que la cristiandad hablará siempre de su mérito. Su caída fue para él ocasión de felicidad, pues entonces, y solo entonces, se conoció a sí mismo y comprendió la dicha de ser pequeño; y para más grande honor, en su ancianidad, que los hombres podían otorgarle, ha muerto en el temor de Dios.

REINA.- Después de mi muerte, no deseo otro heraldo y otro historiador de mis vivientes acciones, para preservar mi honor de la calumnia, sino un cronista tan honrado como Griffith. De quien odié durante su vida me has hecho ahora honrar sus cenizas con tu veracidad y moderación religiosas. ¡La paz sea con él! Paciencia, quédate aún cerca de mí y colócame más abajo. No te importunaré mucho tiempo... Querido Griffith, ruega a los músicos que me canten ese aire melancólico que yo denomino mi campana fúnebre, mientras permanezco meditando en esas celestiales armonías de que pronto gozaré. (*Música triste y solemne.*)

GRIFFITH.- Se ha dormido. Hija mía, sentémonos en silencio para no despertarla... Dulcemente, gentil Paciencia.

LA VISIÓN

Entran solemnemente, uno en pos de otro, seis personajes, envueltos en vestidos blancos, llevando en sus cabezas guirnalda de laurel, y en sus rostros, máscaras de oro, ramas

de laurel o palma, en sus manos. Primero se inclinan ante la Reina; después bailan; y en determinadas evoluciones, los dos primeros elevan una guirnalda por encima de su cabeza, mientras los otros cuatro hacen respetuosa reverencias; luego, los dos que tenían la guirnalda la entregan a los dos siguientes, que repiten las mismas figuras teniendo la guirnalda por encima de su cabeza. Hecho lo cual pasan la guirnalda a los dos últimos, que observan igual orden de cambios. Entonces, como si fuera una inspiración, la Reina da en su sueño señales de alegría y levanta sus manos al cielo; y así, siempre danzando, se desvanece, llevándose al guirnalda. Continúa la música.

REINA.- Espíritus de paz, ¿dónde os halláis? ¿Todos os habéis ido, abandonándome en mi miseria?

GRIFFITH.- Estamos aquí, señora.

REINA.- No es a vosotros a quien llamo. ¿No habéis visto entrar a nadie desde que me quedé dormida?

GRIFFITH.- A nadie, señora.

REINA.- ¡No! ¿No habéis visto hace un instante una multitud de seres bienaventurados invitándome a un festín, cuyos rostros resplandecientes me dirigían mil rayos como el sol? Me han prometido una felicidad eterna y me han traído guirnaldas, Griffith, de que siento que aún no soy digna de llevar. Lo seré seguramente.

GRIFFITH.- Me alegro mucho, señora, de que llenen vuestra imaginación tan plácidos sueños.

REINA.- Ordena que cese la música. Me fatiga y apesara. *(Cesa la música.)*

PACIENCIA.- *(Aparte.)* ¿Notáis la alteración que ha sufrido tan de repente Su Gracia, cómo se ha afilado su rostro? ¡Qué pálida está, y fría como la tierra! ¡Ved sus ojos!

GRIFFITH.- *(Aparte.)* Se va, hija mía; oremos, oremos.

PACIENCIA.- *(Aparte.)* ¡Confórtenla los cielos!

Entra un mensajero.

MENSAJERO.- Con permiso de Vuestra Gracia...

REINA.- Sois un mozo imprudente. ¿No nos merecemos más respeto?

GRIFFITH.- Sois de censurar, sabiendo que no quiere perder su antigua grandeza, por usar tan rudos modales. Vamos, hincad la rodilla.

MENSAJERO.- Imploro humildemente el perdón de Vuestra Alteza. Mi apresuramiento me hizo descortés. Ahí está un gentilhombre, enviado por el rey, que desea veros.

REINA.- Permitidle la entrada, Griffith; pero ese mozo que nunca vuelva yo a verle. *(Sale Griffith y el Mensajero.)*

Vuelve a entrar Griffith con Capucio.

Si mi vista no me engaña, vos sois el señor embajador del emperador, mi real sobrino, y vuestro nombre es Capucio.

CAPUCIO.- El mismo, señora, vuestro servidor.

REINA.- ¡Oh señor mío! Los tiempos y los títulos han cambiado ahora extrañamente para mí desde que me conocisteis por vez primera. Pues, os lo ruego, ¿qué me queréis?

CAPUCIO.- Noble dama, en primer lugar, ofrecer mis propios servicios a Vuestra Majestad; a continuación, deciros que el rey ha deseado que os visitara, el cual se ha afligido mucho por el quebranto de vuestra salud, y os envía por mi intercesión sus reales cumplimientos, suplicándoos cordialmente que no os dejéis abatir.

REINA.- ¡Oh mi buen señor! Este consuelo llega demasiado tarde. Es como un perdón después de la ejecución. Este noble remedio, administrado a tiempo, me hubiera curado; pero ahora no necesito alivio ninguno, sino oraciones. ¿Cómo está Su Alteza?

CAPUCIO.- Bien de salud, señora.

REINA.- ¡Sea así siempre! ¡Y siempre florezca cuando habite yo con los gusanos y mi pobre nombre quede desterrado del reino! Paciencia, esa carta que os he mandado escribir, ¿la enviasteis ya?

PACIENCIA.- No, señora. *(Dándosela a Catalina.)*

REINA.- Señor, os ruego muy humildemente entreguéis esta carta a mi señor rey.

CAPUCIO.- Con mucho gusto señora.

REINA.- En ella recomiendo a su bondad la imagen de nuestros castos honores, su tierna hija..., ¡las bendiciones del Cielo caigan sobre ella en abundantes rocíos!... Le ruego le dé una virtuosa educación..., es joven, de un carácter noble y sencillo, y espero que

lo merecerá bien..., y que la ame un poco, en consideración a su madre, que le amaba a él, ¡el Cielo sabe con cuánta ternura! Mi segunda y pobre petición es que su Noble Gracia tenga alguna piedad de mis infelices damas, que tan largo tiempo me han seguido así en la buena como en la mal fortuna. De las cuales no hay ninguna, me atrevo a declararlo..., y ahora no sabría mentir..., que por la virtud y la verdadera hermosura del alma, por la honestidad y la decencia de la conducta, no merezca un excelente esposo, así fuera un noble; y a buen seguro serán dichosos los que las posean. Mi última petición se refiere a mis servidores; son los más pobres; pero su pobreza no ha podido nunca alejaros de mí; que se les paguen en debida forma sus emolumentos y algo más de añadidura, para que se acuerden de mí. Si al cielo hubiera agradado darme larga vida y medios suficientes, no nos habríamos separado así. Este es todo el contenido de la carta. Y ahora, mi buen señor, por lo que más queráis en este mundo, como deseáis la paz cristiana a las almas de los difuntos, sed amigo de estas pobres gentes e insistid cerca del rey para que otorgue esta postrera justicia.

CAPUCIO.-

¡Por el Cielo, lo haré, o pierda la forma de hombre!

REINA.-

Os lo agradezco, honrado señor. Recordadme con toda humildad a Su Alteza. Decidle que la que le ha causado tan largas perturbaciones va ahora a alejarse de este mundo. Decidle que le he bendecido en al muerte, pues así lo haré... Mis ojos se oscurecen... Adiós, señor... Adiós, Griffith... No, Paciencia, no habéis de abandonarme todavía; debéis conducirme al lecho; llamad a más mujeres... Cuando muera, hija mía, que se me trate con todo honor. Cubridme con flores virginales; que todo el mundo sep a que fui hasta la tumba una casta esposa. Embalsamadme, luego de haberme depositado. Aunque despojada del título de reina, enterradme, sin embargo, como una reina e hija de un rey. No puedo más. *(Salen conduciendo a Catalina.)*

Acto Quinto

Escena primera

Londres.- Una galería en el Palacio.

Entra Gardiner, obispo de Winchester, precedido de un Paje con una antorcha.

GARDINER.- Es la una, muchacho, ¿no es cierto?

PAJE.- Sí, acaba de dar.

GARDINER.- Estas horas debieran consagrarse a nuestras necesidades, no a nuestros placeres. Es el tiempo de reparar nuestra naturaleza con un sueño fortificante, y no de malgastarlo en cosas frívolas²⁹.

Entra Sir Tomás Lovell.

¡Buenas noches, sir Tomás! ¿Adonde vais tan tarde?

LOVELL.- ¿Venís de ver al rey, milord?

GARDINER.- En efecto, sir Tomás; y le he dejado jugando a la primera³⁰ con el duque de Suffolk.

LOVELL.- Es necesario que le vea antes de acostarse. Me despido de vos.

GARDINER.- Aún no, sir Tomás Novell. ¿De qué se trata? Parecéis apresurado. Si no hay gran inconveniente en ello, podéis descubrir a vuestro amigo algo del negocio que os retiene tan tarde. Los asuntos que se presentan a medianoche..., como se dice que hacen los espíritus..., son de naturaleza más inquietante que los que se despachan en pleno día.

LOVELL.- Milord, os aprecio y me atrevería a confiar a vuestros oídos un secreto mucho más delicado que el que me ocupa. La reina está de parto, a lo que se dice en gran peligro, y se teme que muera con el alumbramiento.

GARDINER.- En cuanto al fruto que lleva en su seno, ruego cordialmente por que alcance larga y próspera vida; pero en lo que toca al árbol, sir Tomás, quisiera ahora verlo agusanado.

²⁹ Con estas breves palabras completa Shakespeare el retrato que nos ha venido haciendo de la figura del monarca como hombre insensible, pérfido, hipócrita, entregado a los placeres y falto de toda clase de escrúpulos. Asombra verdaderamente la imparcialidad y valentía del poeta, que se atreve a presentar al padre de la reina Isabel jugando a las cartas a altas horas de la noche, mientras corre peligro de muerte Ana Bolena.

³⁰ *Ano left him at primero.* La primera era un juego de cartas españolas, muy en boga en tiempo de nuestro dramaturgo. De España pasó a Italia y a Inglaterra, donde acabó por generalizarse. La palabra es, pues, castellana, y la había empleado ya Shakespeare, por boca de Falstaff, en *Las alegres casadas de Windsor* (acto VI, escena V): *I never prospered since I forswore myself at primero.* (No he vuelto a prosperar desde que abjuré de mí mismo en la primera.)

LOVELL.- Me parece que podría exclamar: "Amén"; y sin embargo, mi conciencia me dice que se una buena criatura y una mable dama, que merece nuestros mejores deseos.

GARDINER.- Pero, señor, señor... Oídmeme, sir Tomás; sois un gentilhombre del partido a que pertenezco; os conozco por prudente, religioso y, permitidme que os lo diga, esto nunca marchará bien..., no marchará, sir Tomás Novell, creedme..., hasta que Cranmer, Cromwell, sus dos manos, y ella misma no duerman en sus tumbas.

LOVELL.- Señor, habláis ahora de las dos personas más ilustres del reino. Por lo que respecta a Cromwell, aparte de su cargo de guardajoyas, es el encargado de la cancillería y el secretario del rey; además, señor, está en la brecha y camino de otras dignidades, que el tiempo acumulará sobre él. El arzobispo es la mano y la lengua del monarca, ¿y quién osará decir una sílaba contra él?

GARDINER.- Sí, sí, sir Tomás, habrá quien se atreva; y yo mismo me he aventurado a expresar mi opinión sobre su persona. Y hoy mismo, por cierto, señor..., puedo decíroslo..., creo haber inculcado a los lores del Consejo que es..., pues igual que lo sé yo lo saben ellos..., un archiherético, una peste que infecta al país; con lo cual, persuadidos, se han espontaneado con el rey, que ha escuchado tan favorablemente nuestra querellas..., consecuencia de su gracia soberana y leal solicitud..., que, previniendo esos graves peligro, que nuestras razones le han hecho entrever, ha mandado que mañana por la mañana comparezca ante el Consejo reunido. Es una mala hierba, sir Tomás, y debemos arrancarlo de cuajo. Pero os distraigo demasiado de vuestros asuntos. ¡Buenas noches, sir Tomás!

LOVELL.- ¡Mil buenas noches, milord! Quedo vuestro servidor. *(Salen Gardiner y el Paje.)*

Cuando Lovell va a salir, entran el Rey y el Duque de Suffolk.

REY.- Carlos, no quiero jugar más esta noche. No está mi espíritu en el juego; sois demasiado fuerte para mí.

SUFFOLK.- Señor, no os había ganado nunca hasta ahora.

REY.- En efecto, pocas veces, Carlos; ni me ganaréis cuando ponga atención en el juego... ¡Hola, Novell! ¿Qué noticias hay de la reina?

LOVELL.- No he podido transmitirle personalmente lo que me habéis encargado; pero he enviado vuestro mensaje por su camarera; la reina os devuelve las gracias en los más humildes términos y desea que Vuestra Majestad ruegue de todo corazón por ella.

REY.- ¿Qué dices? ¡Eh! ¿Rogar por ella? ¡Cómo! ¿Está ya en los dolores?

LOVELL.- Eso dice su dama, y que cada uno de sus accesos equivale casi a una muerte.

REY.- ¡Ay mi querida señora!

SUFFOLK.- ¡Dios la libre felizmente de su carga, y con dulce trabajo dé a Vuestra Alteza la alegría de un heredero!

REY.- Ya es medianoche, Carlos; vete al lecho, te suplico; y recuerda en tus oraciones el estado de mi pobre reina. Dejarme solo, pues tengo que pensar en cosas en que la compañía no sería favorable.

SUFFOLK.- Deseo a Vuestra Alteza una noche plácida, y me acordaré de mi buena señora en mis oraciones.

REY.- Buenas noches, Carlos. *(Sale Suffolk.)*

Entra Sir Antonio Denny.

¡Hola, señor! ¿Qué hay todavía?

DENNY.- Señor, os he traído a milord el arzobispo, como me habéis mandado.

REY.- ¡Ah! ¿Canterbury?

DENNY.- Sí, mi buen señor.

REY.- Es verdad. ¿Dónde está, Denny?

DENNY.- Aguarda las órdenes de Vuestra Alteza.

REY.- Traédnoslo. *(Sale Denny.)*

LOVELL.- *(Aparte)* Es el asunto de que habló el obispo. En buena hora he venido.

Vuelve a entrar Denny con Cranmer.

- REY.- ¡Despejad la galería! (*Lovell hace intención de quedarse.*)³¹. ¡Eh!
¡Lo he dicho!... ¡Marchaos!... ¡Cómo!... (*Salen Lovell y Denny.*)
- CRANMER.- (*Aparte.*) Tengo miedo... ¿Por qué frunce así el entrecejo? Es su
aspecto de terror. Las cosas no van bien.
- REY.- ¿Qué hay, milord? ¿Deseáis saber por qué os he mandado a
llamar?
- CRANMER.- (*Arrodillándose.*) Es mi deber esperara las órdenes da Vuestra
Alteza.
- REY.- Levantaos, por favor, mi querido y bondadoso lord de Canterbury.
Venid y vamos a dar vos y yo una vuelta juntos. Tengo noticias
que referiros. Venid, venid, dadme vuestra mano. ¡Ah mi buen
lord! Pena me causa lo que voy a decir, y estoy sinceramente
afectado por tener que repetiros lo que va a continuación.
Recientemente, y bien a pesar mío, he oído numerosas y graves
querellas contra vos; muy graves, milord, os lo aseguro; las cuales,
una vez consideradas, nos han movido a Nos y a nuestro Consejo a
que comparezcáis esta mañana ante mi presencia, donde sé que no
podréis disculparos con la debida libertad; por lo que, hasta que os
sinceréis de un modo satisfactorio de esos cargos a que debéis
responder, es preciso armaros de paciencia y resignaros a hacer
vuestra morada de nuestra Torre. Como sois uno de nuestros
cofrades³², es conveniente que procedamos así, o, de lo contrario,
ningún testigo declararía contra vos.
- CRANMER.- Doy humildemente las gracias a Vuestra Alteza y me felicito de
que se me presente esta buena ocasión para ser cribado a fondo de
modo que le grano se separe enteramente de la paja, pues sé que
nadie se vio más atacado por lenguas calumniadoras que yo, pobre
de mí.
- REY.- Levántate, buen Canterbury. Tu lealtad y tu honradez han
arraigado en mí, tu amigo. Dame tu mano, álzate. Paseémonos, por
favor. Ahora, ¡por Nuestro Señor!, ¿qué clase de hombre sois?
Milord, esperaba que me hicierais una petición: que me tomara
alguna molestia para que se celebrase un careo entre vos y vuestros
acusadores, y oíros, sin llevar más allá el sufrimiento.

³¹ Esta, como otras muchas acotaciones que facilitan la inteligencia del testo, falta en los infolios primitivos.

³² *A brother of us.* Cranmer era miembro del Consejo del Rey.

CRANMER.- Mi temido soberano, el terreno sólido en que me apoyo es mi sinceridad y honradez; si me faltaran, triunfaré con mis enemigos de mi persona, lo que no me pasará estando desprovista de esas virtudes. No temo a nada que pueda decirse contra mí.

REY.- ¿No sabéis en que posición os halláis en el mundo, con el mundo entero? Vuestros enemigos son numerosos y no pequeños; sus maniobras deben de estar en la misma proporción, y el veredicto de una causa no siempre se inspira en la justicia y la verdad de ella. ¡Con qué facilidad las almas corrompidas pueden procurarse miserables como ellos para deponer contra vos! Tales cosas han sucedido. Tenéis adversarios poderosos y de una malicia igual a su poder. ¿Os imagináis de mejor suerte, quiero decir respecto de testigos falsos, que vuestro Maestro, de quien sois ministro, cuando vivió sobre esta miserable tierra? Andad, andad; tomáis un precipicio por un paso que se puede saltar sin peligro y acariciáis vuestra propia destrucción.

CRANMER.- ¡Dios y Vuestra Majestad protejan mi inocencia, o voy a caer en el lazo que se me ha tendido!

REY.- Sed resuelto de ánimo; no prevalecerán más allá de lo que permitamos nosotros. Conservad vuestra firmeza y procurad comparecer esta mañana ante ellos. Si aconteciera que, tras inculparos con acusaciones, quisieran arrestaros, no dejéis de hacer uso de las mejores razones en contrario y con toda la energía que os inspiren las circunstancias. Si vuestra alegaciones no surtieran efecto, entregadles este anillo, y en presencia suya declarad que apeláis a Nos. ¡Mirad, el pobre hombre llora! ¡Es honrado, por mi honor! ¡Santa Madre de Dios!, juro que es un corazón leal y que no hay alma mejor en mi reino... Marchad y haced como os he mandado. *(Sale Cranmer.)* ¡Sus lágrimas han ahogado su voz!

Entra la Dama Vieja.

GENTILHOMBRE.- *(Dentro)* Retrocede. ¿Qué pretendéis?

DAMA VIEJA.- No quiero retroceder. Las noticias que llevo servirán de excusa a mi audacia. ¡Qué los ángeles buenos descendan sobre tu cabeza real y cubran tu persona con la sombra bendita de tus alas!

REY.- Por tus ojos adivino tu mensaje. ¿Ha salido del trance la reina? Di que sí y que me ha traído un niño.

DAMA VIEJA.- Sí, sí, mi soberano; y un precioso niño. ¡El Dios del cielo la proteja hoy y siempre!... Es una niña... que nos promete niños para más

adelante. Señor, la reina desea vuestra visita y que vengáis a hacer conocimiento con esta extranjera; se os parece como una cereza a una cereza.

REY.-

¡Lovell!...

Vuelve a entra Lovell.

LOVELL.-

¡Señor!

REY.-

Dadle cien marcos. Voy a ver a la reina. *(Sale.)*

DAMA VIEJA.-

¡Cien marcos! Por esta luz, que deseo más. Esta es una gratificación buena para un criado ordinario. Obtendré más, o nos oirán los sordos. ¿Le había de decir por tan poco que su nena se le aparece? Obtendré más, o, de lo contrario, me desdigo. Y ahora pongamos los medios, mientras la cosa está caliente. *(Salen.)*

Escena Segunda

Vestíbulo ante la cámara del consejo

Entran Cranmer, Perseverantes, Pajes, etc., de servicio

CRANMER.-

Creo que no llego muy tarde y, sin embargo, el gentilhombre que me ha remitido el Consejo tuvo a bien rogarme que me apresurara cuanto pudiera. ¿Todo cerrado? ¿Qué significa esto? ¡Hola! ¿Quién está aquí de servicio?

Entra el Guardián

Seguramente me conocéis.

GUARDIÁN.-

Sí, milord; pero, no obstante, no puedo dejaros entrar.

CRANMER.-

¿Por qué?

GUARDIÁN.-

Vuestra Gracia debe esperar hasta que se le llame.

CRANMER.-

Está bien.

Entra el Doctor Butts.

BUTTS.- Es una mala partida la que le juegan. Me alegro de haber venido por aquí tan oportunamente. El rey va a saber la cosa al momento.
(Sale Butts.)

CRANMER.- *(Aparte.)* Ese es Butts, el médico del rey. ¡Con qué aire de misterio ha puesto en mí sus ojos cuando ha pasado! ¡Quiera el Cielo que no publiquen mi desgracia! A buen seguro que esto es una afrenta preparada a intento por algunas personas que me odian... ¡Dios cambie sus corazones! ¡Jamás he merecido su santa voluntad!..., para envilecer mi honor. De lo contrario, se avergonzarían de hacerme esperar en la puerta. ¡Uno de los colegas del Consejo entre pajes, criados y lacayos!.. Pero ¡hay que someterse a voluntades y esperar con paciencia!

Aparecen el Rey y Butts arriba, en una ventana.

BUTTS.- Voy a mostrar a Vuestra Gracia el espectáculo más extraño...

REY.- ¿Cuál es, Butts?

BUTTS.- Pienso que Vuestra Majestad ha visto este espectáculo con frecuencia.

REY.- ¡Cuerpo de tal! ¿Dónde es?

BUTTS.- Aquí, mi señor; ved la alta promoción de su gracia de Canterbury, que tiene su linaje a la puerta entre perseverantes³³, pajes y lacayos.

REY.- ¡Ah! Es él, efectivamente. ¿Es este el respeto que se tienen unos a otros? Suerte es que halla uno todavía por encima de ellos. Creí que compartían una considerable y mutua deferencia..., cortesía a lo menos..., para no sufrir que un hombre de su clase y tan cercano a nuestro favor hiciera antesala esperando el beneplácito de sus señorías, y, además, a la puerta, como un mensajero cargado de paquetes. Por Santa María, Butts, esto es una canallada. Dejémosles hacer y corramos a la cortina. No tardaremos en saber más. *(Salen.)*

³³ *Pursuivants*, aquí y al principio de la escena. En el orden o regla de la Caballería había tres grados: heraldo, faraute y perseverante.

La cámara del Consejo

Entran el Lord Canciller, el Duque de Suffolk, el Duque de Norfolk, el Conde de Surrey, el Lord Chamelán, Gardiner y Cromwell. El Canciller se coloca al extremo superior de la mesa, a mano izquierda. Más arriba queda un sitio vacío, como para el Obispo de Canterbury. Los restantes miembros del Consejo se colocan por su orden a ambos lados. Cromwell se sienta al extremo inferior, en calidad de secretario.

- CANCILLER.- Anunciad el asunto que debe ocuparnos, señor secretario. ¿Por qué nos hallamos reunidos en Consejo?
- CROMWELL.- Salvo en beneplácito de vuestros honores, el objeto primordial concierne a su gracia de Canterbury.
- GARDINER.- ¿Se le ha dado conocimiento de ello?
- CROMWELL.- Sí.
- NORFOLK.- ¿Quién aguarda ahí?
- GUARDIÁN.- ¿Afuera, mis nobles lores?
- GARDINER.- Sí.
- GUARDIÁN.- Milord el arzobispo, que espera hace media hora para conocer vuestras órdenes.
- CANCILLER.- Introducidle.
- GUARDIÁN.- Vuestra Eminencia puede entrar. *(Cranmer se aproxima a la mesa del Consejo.)*
- CHAMBELÁN.- Mi buen lord arzobispo, me aflige de veras sentarme aquí al presente y ver esta silla desocupada. Pero todos somos hombres frágiles por naturaleza y débiles por la carne; pocos de entre nosotros son ángeles. Por efecto de cuya fragilidad y falta de prudencia, vos que seríais el más llamado a enseñarnos, habéis delinquido, vos mismo, en vuestra conducta, y no comoquiera, contra el rey en primer lugar, y contra sus leyes después, llenando con vuestras predicaciones y las de vuestros capellanes el reino entero..., tal se nos ha informado..., de opiniones nuevas,

heterodoxas y peligrosas, que constituyen herejías y que, de no reformarse, pueden acarrear graves consecuencias.

GARDINER.-

Cuya reforma debe llevarse a cabo inmediatamente, mis nobles lores; pues los que doman caballos salvajes no se limitan a llevarlos al paso, conduciéndolos con mano suave, sino que les cierran la boca con inflexible freno y los espolean hasta que obedecen al manejo. Si sufrimos..., por blandura y piedad pueril por el honor de un solo hombre..., que esta enfermedad contagiosa se extienda, adiós todo remedio. ¿Y qué se seguirá? Conmociones, tumultos, corrupción general del Estado entero como recientemente nuestros vecinos de la Alta Alemania pueden testimoniarnos por cara experiencia; espectáculo lamentable, cuyo recuerdo se halla fresco todavía nuestras memorias.

CRANMER.-

Mis buenos lores, hasta el presente, en todo el curso de mi vida y funciones he trabajado, y con no pequeño estudio, en dirigir mis enseñanzas y la marcha firme de mi autoridad por una ruta única y uniforme, y el fin fue siempre hacer el bien. No existe en el mundo nadie..., lo digo con un corazón sincero, menores..., que deteste más que yo en el fondo de su conciencia personal, que combata más que yo en el ejercicio de su cargo a los perturbadores de la paz pública. ¡Ruego al Cielo que el rey no encuentre nunca un corazón con menos lealtad a este respecto! Los hombres que se nutren de envidia y de perversa malicia se atreven a morder a los mejores. Suplico a vuestras señorías que, en este caso de justicia, mis acusadores, sean quienes fueren, puedan confrontarse cara a cara conmigo y deponer libremente contra mí.

SUFFOLK.-

No, milord; eso no puede ser; vos sois un consejero, y por virtud de ello, nadie se atrevería a acusaros.

GARDINER.-

Milord, como quiera que hemos de tratar de negocios más importantes, seremos breves con vos. Es voluntad de Su Alteza y consejo nuestro que, para el mejor desenvolvimiento de vuestro proceso, se os haga conducir, desde aquí a la Torre. Donde, reducido de nuevo a simple particular, veréis muchas personas atreverse a acusaros sin temor: mas que, temo, podáis refutar.

CRANMER.-

¡Ah mi buen lord de Winchester, gracias! Siempre fuisteis mi buen amigo. Si vuestra voluntad se ejecuta hallare a la vez en vos un juez y un jurado: ¡sois tan misericordioso!... Veo vuestro objeto..., es mi perdición. El amor y la dulzura, lord, convienen a un clérigo más que la ambición. Volved al camino con moderación las almas que se extravían; no rechacéis ninguna. Yo me justificaré, sea cual fuere la carga que impongáis a mi paciencia; tengo de ello tan poca

- duda como vos pocos escrúpulos en cometer diariamente iniquidades. Más podría decir; pero el respeto a vuestra alcurnia me impulsa a la moderación.
- GARDINER.- Milord, milord, sois un sectario, esta es la pura verdad. El bello exterior con que os cubrís muestra a los que os conocen vanas palabras y debilidades.
- CROMWELL.- Milord de Wichenster, con vuestro permiso, sois demasiado duro; hombres tan nobles, sea cual fuese su falta, deberían, no obstante, hallar respeto en consideración a lo que han sido. Es una crueldad anonadar a un hombre que cae.
- GARDINER.- Querido señor secretario, pido perdón a vuestro honor. De todos los de esta mesa, sois el menos llamado a hablar así.
- CROMWELL.- ¿Por qué, milord?
- GARDINER.- ¿Es que no os conozco por un favorecedor de esta nueva secta? Vos no sois puro.
- CROMWELL.- ¿Qué no soy puro?
- GARDINER.- No sois puro, os digo.
- CROMWELL.- ¡Ojalá fuerais vos la mitad de honrado!... Verías entonces las plegarias de los hombres, no sus temores.
- GARDINER.- Me acordaré de ese lenguaje licencioso.
- CROMWELL.- Hacedlo, y acordaos también de vuestra vida licenciosa.
- CANCILLER.- ¡Esto es demasiado! ¡Basta, por pudor, milores!
- GARDINER.- He terminado.
- CROMWELL.- Y yo también.
- CANCILLER.- *(A Cranmer.)* Volvamos pues, a vos, milord. Quedó decidido, a lo que creo, por unanimidad, que fueseis conducido a la Torre para permanecer allí hasta que conozcamos la ulterior voluntad del rey. ¿Estáis todos conformes, lores?
- TODOS.- Lo estamos.
- CRANMER.- ¿No hay ningún otro medio de merced sino que necesariamente debo ir a la Torre, menores?

GARDINER.- ¿Qué otro podéis esperar? Sois extrañamente inoportuno. ¡Que avancen algunas personas de la guardia!

Entran, Guardias

CRANMER.- ¿Para mí? ¿Debo ir allá como un traidor?

GARDINER.- Hacedos cargo de él y ponedle a buen recaudo en la Torre.

CRANMER.- Deteneos, milores; todavía tengo algunas palabras que deciros. Mirad esto, milores. Por el privilegio de este anillo, retiro mi causa de las garras de los hombres crueles y la entrego en manos del más noble juez: el rey de mi señor.

CANCILLER.- ¡Es el anillo del rey!

SURREY.- No es una falsificación.

SUFFOLK.- ¡Es el verdadero anillo, por el Cielo! Os advertí a todos, cuando empezamos a hacer rodar esta rueda peligrosa, que caería sobre nosotros mismos.

NORFOLK.- ¿Pensáis, milord que el rey podría sufrir que el dedo meñique solamente de este hombre fuera herido?

CHAMBELÁN.- Esto ahora es demasiado cierto. ¡En cuánto aprecio tiene su vida! Quisiera salir felizmente de este mal paso.

CROMWELL.- Me decía mi alma que, buscando chismes e informaciones contra este hombre..., cuya honestidad solo el diablo y sus discípulos pueden odiarla..., encenderíais el fuego que os quemaría. ¡Ahora, tened!

Entra el Rey. Los mira con indignación y se coloca en su silla.

GARDINER.- Temido soberano, cuánto debemos agradecer todos los días al Cielo que nos ha concedido tal príncipe, no solamente bueno y sabio, sino religiosísimo; un príncipe que, obediente en todo, hace de la Iglesia la principal mira de su gloria, y para dar más fuerza a este deber sagrado, por un admirable respeto, viene su real persona a oír el juicio de la causa que se agita entre ella y este gran culpable.

REY.- Siempre fuisteis excelente en los cumplimientos improvisados, obispo de Winchester. Pero ahora no vengo aquí para oír

semejantes adulaciones y en mi presencia. Son demasiado frívolos y serviles para encubrir ofensas. Hasta mí no puede llegar vuestro juego de perro faldero, y creéis ganarme con vuestros movimientos de lengua. Pero, por cualquiera que me tomes, estoy seguro de que tú eres de sanguinaria y cruel naturaleza. Buen hombre (*A Cranmer*), sentaos. Ahora, que el más altivo, que el más audaz dirija solamente un dedo sobre ti. Por todo lo más santo, más le valiera morir de hambre que pensar una vez sola que este sitio no te corresponde.

SURREY.- Plazca a Vuestra Majestad...

REY.- No, señor; no me place. Creí tener en mi Consejo hombres de algún juicio e inteligencia; pero no hallo ninguno. ¿Era discreto, lores, dejar a este hombre virtuoso..., pocos de entre vosotros merecen este título..., a este hombre honrado, esperar como un piojoso lacayo a la puerta de la cámara? ¡Y a uno tan grande como vosotros! ¡Que! ¿Cómo es posible esta vergüenza? ¿Es que mi comisión os autorizaba a olvidaros hasta ese punto de vosotros mismos? Os había dado poder para juzgarlo como un miembro del Consejo, no como un criado. Hay alguno de vosotros, bien lo veo, que, más por malicia que por integridad, quisieran juzgarle con el más extremado rigor, lo que no haréis jamás en tanto yo viva.

CANCILLER.- Mi muy temido soberano, permita Vuestra Gracia que mi voz nos excuse a todos por lo que vais a oír. La decisión que se había tomado relativa a su encarcelamiento obedecía más bien..., si se puede tener fe en los hombres ..., a las necesidades de su juicio y al deseo de darle los medios de justificarse públicamente, que a mala voluntad. Estoy seguro, por lo que a mí concierne.

REY.- Bien, bien; milores; respetadle. Recíbidle y tratadle bien, pues es digno de ello. Por lo que a él respecta,, me atrevería a decir que si un príncipe tuviese obligaciones para con su súbdito, yo se las tengo por su afecto y sus servicios. No me causéis mas enojo, sino abrazadle; sed amigos, por pudor, milores. Milord de Canterbury, tengo que pedir os un favor que no debéis negarme: que es que acabo de tener una tierna niña, que espera todavía el bautismo. Tenéis que ser su padrino y contestar por ella.

CRANMER.- El monarca más grande de la tierra podría ahora glorificarse con semejante honor. ¿Cómo puedo yo merecerlo, que soy un pobre y humilde súbdito vuestro?³⁴

³⁴ La humildad de Cranmer es un poco exagerada. Era cosa corriente que los prelados sirvieran de padrinos a los hijos de los reyes.

- REY.- Vamos, vamos, milord, queréis ahorraros vuestro regalo de cucharas³⁵. Tendréis con vos dos nobles madrinas: la anciana duquesa de Norfolk y la señora marquesa de Dorset. ¿Os agradan? Una vez más, milord de Winchester, abrazad y amad a este hombre.
- GARDINER.- Con todo mi corazón y el cariño de un hermano.
- CRANMER.- Y séame el Cielo testigo de cuán grata me es esta seguridad.
(Llora.)
- REY.- ¡Hombre virtuoso, esas lágrimas de alegría muestran tu sincero corazón! Veo que es verdad la opinión común que se dice de ti: “Haced una mala pasada a milord de Canterbury, y será siempre vuestro amigo.” Vamos, milores, estamos perdiendo el tiempo. Estoy impaciente por hacer de esa pequeñuela una cristiana. Permaneced unidos, milores, ya que acabo de hacer de vosotros una sola persona. Yo cobraré más fuerza, vos ganaréis más honor.
(Salen.)

Escena tercera
En el patio de Palacio

Ruido y tumulto dentro. Entran el Portero y su Criado.

- CRIADO.- ¡Cesad vuestra gritería ahora mismo, bellacos! ¿Tomáis el patio de Palacio como Jardín de París? ¡Grosera canalla, cesad en vuestros berridos! (Dentro.) Maestro portero, yo pertenezco a las cocinas.
- PORTERO.- ¡Tú perteneces a las horcas; anda y que te ahorquen, granuja! ¿Es este lugar a propósito para rugir? Buscadme una docena de estacas de manzano silvestre, y de las más duras. Estos no son para ellos más que juncos. Voy a tentaros la cabeza. ¡Queréis ver bautismos! Pues yo os bautizaré. ¿Esperáis que os traigan aquí la cerveza y los pasteles³⁶, groseros bellacos?
- CRIADO.- Por favor, señor, tened paciencia. Es tan imposible dispensarlos, a menos de barrerlos de la puerta con cañones, como obligarles a

³⁵ Era tradicional en Inglaterra regular al niño que se tenía sobre las fuentes bautismales varias cucharas de oro o de plata o pintadas de rojo. Llamábanse *cucharas apostólicas*. Las personas de posición entregaban doce, sobre cada una de las cuales se grababan el mango la efigie de un apóstol. Otras veces el regalo reducíase a cuatro, que llevaban la figura de los cuatro evangelistas. Cuando solo se daba una consagrábase al patrón del niño.

³⁶ *Ale and cakes*. Era costumbre en las fiestas de este género obsequiar a los asistentes distribuyendo cerveza y pasteles.

dormir una cañana de primero de mayo, cosa que nunca abra modo de conseguir. Antes haríamos retroceder a la catedral de San Pablo que hacerlos moverse.

PORTERO.- ¡Voy a hacerte ahorcar! ¿Cómo han entrado?

CRIADO.- ¡Ay! No lo sé. ¿Cómo entra a marea? Los he apaleado tan formidablemente como un formidable garrote de cuatro pies puede apalearse, y ved los pobres restos, que os dicen que no he sido avaro en la distribución de los golpes, señor.

PORTERO.- Tú no has hecho nada, amigo.

CRIADO.- No soy Sansón, ni Sir, Grey, ni Polbrand, para segarlos ante mí; Pero si he perdonado a alguno que tuviese cabeza donde pegar, joven o viejo, hombre o mujer, cornudo o hacedor de cornudo, que no vuelva a ver en mi vida lomo; y no quisiera verme privada de vaca, Dios la tenga en gloria. *(Dentro.)* ¿Me oís, maestro portero?

PORTERO.- Soy con vos inmediatamente, querido señor cachorro. ¡Ten bien cerrado la puerta, pícaro!

CRIADO.- ¿Qué queréis que haga?

PORTERO.- ¿Qué he de querer que hagas sino derribarlos por docenas? ¿Son estos los Campos de del Moro³⁷, para que vengan a reunirse? ¿O ha llegado a la corte algún extraño indio de miembro descomunal³⁸, para que así nos asedien las mujeres? ¡Bendito sea Dios, qué hervidero de fornicaciones hay en la puerta! ¡Por mi conciencia de cristiano, este bautismo va a ocasionar mil! Aquí se encontrarán padre y padrino todo a la vez.

CRIADO.- Así las cucharas serán más gruesas, señor. He ahí a un camarada que está junto a la puerta; juzgar por su faz debe ser un bracero, pues, por mi conciencia, reinan ahora en su nariz veinte días caniculares. Todos los que se hallen cerca de él están bajo el Ecuador, sin que necesiten otro castigo. Tres veces le he dado de garrotazos en la cabeza a ese dragón de fuego, y a las tres veces su nariz a lanzado chispas contra mí. Continúa allí, tieso como un mortero, pronto a bombardearnos. Junto a él se encontraba la mujer de un comerciante de pasamanería, de poco ingenio, que se ha mofado de mí, hasta que por fin se le ha caído de la cabeza su gorro picado de forma de escudilla, en castigo del incendio que

³⁷ *Moorfields*, paseo favorito de los burgueses de Londres, donde hacían el ejercicio las milicias de la City.

³⁸ *Great tool*. La frase no puede ser más escabrosa. Ni la velamos, ni mucho menos la suprimimos. Nuestro respeto a Shakespeare está aquellos tiempos y robusta que en (* incompleta)

había introducido en el Estado. Una vez me he confundido queriendo pegar el meteoro³⁹, y el garrotazo ha ido a parar a una comadre que se supo a gritar: “¡Bastones!”, cuando he visto venir de lejos en su auxilio unos cuarenta gaznápiros armados de garrotes, la flor de Strand⁴⁰, donde habita la prójima. Cayeron sobre mí; mantuve mi puesto; en seguida vinieron todos a golpe de mango de escoba conmigo; yo resistía, cuando, repentinamente, hizo invasión por detrás una banda de muchachos, tiradores irregulares, lanzando tal granizada de piedras, que me he visto obligado a guardar mi honor por dentro y dejarlos dueños del campo. El diablo estaba de su parte, lo creo, seguramente.

PORTERO.-

Esos son los aprendices que atruenan con sus berridos en el teatro, y que se baten por una manzana mordida, hasta el punto de que no hay auditorio, salvo el compuesto por gentes de la tribulación de Tower-Hill, o habitantes de Limchouse⁴¹, sus queridos hermanos, que sea capaz de soportarlos. Algunos he dejado *in Limbo Patrum*, y allí quedarán como para bailar estos tres días; aparte del banquete servido por dos oficiales del látigo, que vendrán después.

Entra el Lord Chambelán.

CHAMBELÁN.-

¡Cuerpo de tal, qué gentío hay aquí! Continúan engrosando más. ¡Vienen de todos los barrios, como si tuviéramos feria! ¿Dónde están estos porteros, estos negligentes bribones? Habéis hecho un bonito negocio, camaradas. ¡Ha entrado aquí una alegría canalla! ¿Son todos esos vuestros fieles amigos de los arrabales? Tendremos, a fe mía, gran espacio para dejar pasar las damas cuando regresen del bautismo.

PORTERO.-

Permítame vuestro honor, nosotros no somos más que hombres, y hemos hecho cuanto puede hacerse por hombres que no sean pedazos de sus nombres. Un ejército no los podría contener.

CHAMBELÁN.-

Tan cierto como vivo, que si el rey me culpa de esto, os haré castigar a todos por los talones, y sin tardanza, y os impondré multas redondas sobre vuestras cabezas por vuestro descuido. Sois unos bribones indolentes, y os ocupáis en vaciar botellas, mientras debierais hacer vuestro servicio. ¡Oíd, suenan las trompetas! ¡Vuelven ya del bautizo! Vamos, penetrad a través de la

³⁹ El borracho de la nariz de que acaba de hablar.

⁴⁰ Barrio de la gente brava de Londres.

⁴¹ Dos barrios ingleses. La palabra tribulación no se sabe con certeza si alude a una taberna así llamada que frecuentaban los puritanos, como quiere Jonson, o es un nombre común que, unido a Tower-Hill, solo quiere significar las gentes inoportunas de Tower-Hill. Los que apoyan la primera hipótesis dicen que detestando el teatro los puritanos, aprobaban cualquier desorden que interrumpía la representación, en cuyo caso el pasaje es un dardo contra ellos.

muchedumbre, y abrid camino para dejar pasar libremente el cortejo, u os mandaré a divertirlos un par de meses en una cárcel.

PORTERO.- ¡Paso a la princesa!

CRIADO.- ¡Gran pillo, apártate, o te abro la cabeza!

PORTERO.- ¡Tú, el del vestido de piel de camello, salta fuera de la verja, o, de lo contrario, te voy a arrojar por encima de la empalizada! *(Salen.)*

Escena cuarta

El Palacio⁴²

Entran las trompetas sonando; después, dos Corregidores, el Lord Alcalde, el Heraldo de la Jarretera, Cranmer, el Duque de Norfolk, con el bastón de mariscal; el duque de Suffolk, dos Nobles, con grandes cálices de pie para recibir los presentes del bautizo; luego, cuatro Nobles, llevando un palio, bajo el cuál avanza la madrina, la Duquesa de Norfolk, que trae envuelta la niña en riquísimo manto, etc. Una Dama, sosteniendo la cola de la Duquesa. Después, la Marquesa de Dorset, la otra madrina, y Damas. El cortejo desfila una vez alrededor de la escena, y habla el Heraldo de la Jarretera.

HERALDO.- ¡Cielo, desde el seno de tu bondad infinita, envié un vida próspera, larga y siempre venturosa a la alta y poderosa princesa de Inglaterra, Elizabeth!

Marcha real. Entran el Rey y su séquito.

CRANMER.- *(Arrodillándose.)* He aquí la plegaria que a Dios dirigimos mis dos nobles compañeros y yo por Vuestra Real Majestad y por la buena reina: Todo el consuelo, toda la alegría que el Cielo halla otorgado a los niños por la felicidad de sus padres, se esparcen a cada instante sobre vos en la persona de esta graciosa princesa.

REY.- Gracias, querido lord arzobispo. ¿Cual es su nombre?

CRANMER.- Elizabeth.

REY.- Levantaos, lord... *(El rey besa a la niña.)* Recibe con este beso mi bendición. ¡Que Dios te proteja, en cuyas manos entrego tu vida!

CRANMER.- Amén.

⁴² El palacio de Greenwich.

REY.- Mis amables comadres, habéis sido demasiado prodigas; os lo agradezco cordialmente; igual hará esta tierna dama, cuando sepa bastante inglés para ello.

CRANMER.- Permittedme hablar , señor, pues el Cielo me ordena hacerlo en este instante, y que ninguno atribuya a adulación las palabras que voy a decir, pues ha de verse más tarde que son la expresión de la verdad. Esta real niña (quisieran los cielos extender siempre sobre ella su protección), aunque en su cuna, promete, sin embargo, desde la hora presente a este reino mil y mil bendiciones, que el tiempo hará que fructifiquen. Será aunque pocos de los que hoy viven podrán contemplar sus virtudes, un modelo para todos aquellos que vengan después. La reina de Saba no tuvo nunca tanto deseo de saber y de hermosa virtud como tendrá esta alma pura. Todas las gracias soberanas que adornan una criatura de tan alto linaje como esta, al mismo tiempo que todas las virtudes, patrimonio de los buenos, se verán duplicadas en ella. La verdad la educará en su regazo; los santos y divinos pensamientos se le ofrecerán como perpetuos consejeros. Será amada y temida; los suyos la bendecirán; sus enemigos temblarán como un campo de trigo trillado e inclinarán sus cabezas con dolor. El bien de todos acrecerá con ella. Bajo su reinado cada cual sentado bajo su propia viña, comerá en seguridad lo que plante y cantara a todos sus vecinos las alegres canciones de la paz. Dios será verdaderamente conocido. Los que rodeen a esta reina aprenderán de ella los perfectos caminos que conducen a las dignidades y reclamarán sus grandezas en nombre de aquellos caminos, y no en el de su sangre. Y esta paz no dormirá con ella en la tumba, sino que, igual que cuando muere esa ave maravillosa, la virginal fénix, un nuevo heredero tan grande y tan admirable como él mismo renacerá de sus cenizas. Así, cuando el Cielo la llame de esta mansión de tinieblas, transmitirá su bendición a un príncipe que de las cenizas sagradas de Su Majestad se elevará como un astro tan esplendoroso en renombre como ella misma y brillara con el mismo fijo resplandor. La paz, la abundancia, el amor, la verdad, el terror, que eran los servidores de esta niña privilegiada, serán también los de su sucesor, que se adherirán a él como una vid. Por dondequiera que brille el sol radiante del Cielo, brillarán también su honor y la grandeza de su nombre, creando nuevas naciones⁴³. Florecerá, y, semejante al cedro de las montañas extenderá sus ramas sobre todas las llanuras de l contorno. Los hijos de nuestros hijos verán esto y bendecirán el Cielo.

REY.- Tú anuncias prodigios

⁴³ Alusión a las colonias fundadas en América, tales como Virginia, así llamadas en honor de Isabel.

CRANMER.-

Alcanzará, para dicha de Inglaterra, una edad avanzada; verá muchos días, pero ninguno pasará sin que lo corone con ninguna acción. ¡Ojalá no pudiera prever más! ¡Pero ella ha de morir, ha de morir, es la voluntad de los santos, virgen, no obstante! Pasará por la tierra como un lirio inmaculado, y el mundo entero lo llorará.

REY.-

¡Oh lord arzobispo! ¡Acabas de hacer de mí un hombre nuevo! Jamás antes de esta dichosa niña he poseído cosa alguna. Tu oráculo consolador me ha seducido de modo que cuando éste en el cielo desearé contemplar lo que hace esta niña y rogar por ella a mi Creador. Gracias a todos. Os estoy muy obligado, mi buen lord alcalde, así como a vosotros, dignos colegas. Vuestra presencia me ha causado mucho honor y yo os testimoniaré mi reconocimiento. Abrid la marcha, lores. Debéis todos ir a ver a la reina, y ella os dará las gracias. De lo contrario, enfermará. Hoy nadie piensa que tiene que hacer en su casa. Todos os quedaréis. Esta pequeña hará el día de hoy una festividad. *(Salen.)*

EPILOGO

Van apostados diez contra uno a que esta pieza no puede gustar a todos los que se halan aquí. Algunos vienen a divertir su ocio y dormirse un acto o dos; pero a estos temo que los hayamos espantado con nuestras; así, dirán las buenas personas de la ciudad y exclamar: "¡Eso es agudeza!", lo que no hemos hecho. De modo que temo que todo el bien que al presente oigamos decir de esta obra lo deberemos tan solo a la interpretación indulgente de las mujeres virtuosa, pues les hemos presentado una de esa condición. Si ellas sonríen y dicen que ello puede ser, sé que dentro de un instante tendremos a nuestro lado la mejor parte de los hombres, pues sería una triste suerte que se resistieran cuando sus mujeres les mandan a aplaudir.